



AMD, 86, 8, 2

1

CRITICA BIBLIOGRAFICA

VIENE DE LA PAGINA ANTERIOR

Unidos comenzó por el campo en el que se basa todo desarrollo; que aunque con menos población activa dedicada a las faenas agrícolas, el campo, racionalmente mecanizado, estudiado y protegido produce cada vez más y que, el bosque y la ganadería, son su complemento. Y está el capítulo «La muerte disfrazada», sumamente curioso: El norteamericano apenas si habla de la muerte, no quiere que le hablen de ella, quisiera vivir siempre; pero en casos especiales, los «Funeral homes», se tiene a los cadáveres desde que el hombre muere —nunca en casa— y es frecuente el embalsamarlos, pintarlos, agasajarlos (?), vestirlos, como hacían los egipcios.

En realidad, el repaso que hace a los Estados Unidos este escritor insigne y buen periodista que es Delibes es muy completo. Solamente lamentamos una cosa: Bien antes de escribir el libro —que publica este mismo año Editorial «Destino»— «USA y yo», bien posteriormente, estos capítulos-reportajes deberían salir en la Prensa como un amplio serial ilustrado de reportajes de calidad. ¿Razones?: Que tengan una mayor difusión, que el español conozca el pro y el contra del país de la abundancia. En esto, se haría preciso volver un poco a las costumbres del pasado siglo cuando las grandes novelas aparecían en los periódicos. Pero es más: Tal divulgación aparece impuesta, en nuestro entender, por una necesidad informativa que en nada perjudica la difusión de un libro. El reportaje imparcial junto con la profundidad y sinceridad del estilo de Delibes, son esencia-

les para la formación de esa masa, cada vez mayor de lectores, ávida de saber y de conocer que luego —sabemos— recortan estos seriales de viajes e incluso, los envían a sus parientes lejanos. Esto nos reconforta. Porque vemos que no sólo el fútbol y el tremendismo interesan.

LA ERA KENNEDY

Por último —lástima, hemos de terminar— el capítulo dedicado a «Kennedy y su estela», es un ejemplo de la altura del libro que comentamos, de la visión de su autor. Porque Kennedy abrió una era que nadie impedirá. No triunfó Johnson en las elecciones, las ganó Kennedy después de muerto aunque ahora, Johnson siga punto por punto el programa Goldwater empujado por oscuras y siniestras fuerzas que —nos consta— quedarán superadas. Y terminamos con un hermoso párrafo —profético— de Delibes sobre la nueva era que todos soñamos, de verdadero amor y no de turbios manejos de oscuros grupos de presión:

"Kennedy llegó y demostró que venía no a servirse del cargo sino a servirle. Luchó con todas sus fuerzas contra la pobreza y la discriminación, el colonialismo y la corrupción. Algún día el mundo advertirá que entre la ventana abierta por Kennedy, en Washington, y la ventana abierta por Juan XXIII, en Roma, se estableció una corriente de aire que aventó muchas cosas que, sea cual sea el rumbo definitivo del mundo, ya no volverán. Y está especialmente claro para un notable sector de la juventud americana para quien la trayectoria de Kennedy y su sacrificio constituyen, sencillamente, un modelo de conducta a seguir".

J. CORRAL MAURELL

MIGUEL DELIBES PUNTUALIZA

2
MD

En relación con el párrafo que don Juan Aparicio me dedica en su artículo «Un silogismo sobre Norteamérica», publicado en ese diario, me interesa hacer unas puntualizaciones breves.

En primer lugar, y en contra de lo que por dos veces afirma el articulista, yo no fui a Norteamérica como invitado oficial, sino contratado privadamente, como profesor visitante, por la Universidad de Maryland. Es decir, mi libro «USA y yo», que tan poco aprecio le merece, puede ser cualquier cosa menos la explosión de un estómago agradecido. Yo acostumbro a pagarme, como diría Machado, «el pan que me alimenta y el lecho donde yago». Ni la ambición ni el arrivismo, ni el oportunismo entran en mi programa.

Por otra parte, me parece que la definición que el señor Aparicio hace del Presidente Kennedy —«un señorito liberal y multimillonario de Boston»— resulta un tanto incompleta, aunque en todo caso no se me negará que siempre es más de admirar el hombre que renuncia a la vida fácil por servir a su país que aquel que se sirve de su país para acceder a la vida fácil.

Lo otro, el triste concepto que mi persona merece a don Juan, no vale la pena discutirlo; sinceramente, ni me ha sorprendido ni, por supuesto, me ha lastimado.

Muchas gracias por su atención, señor director.

Miguel DELIBES.

ARTE

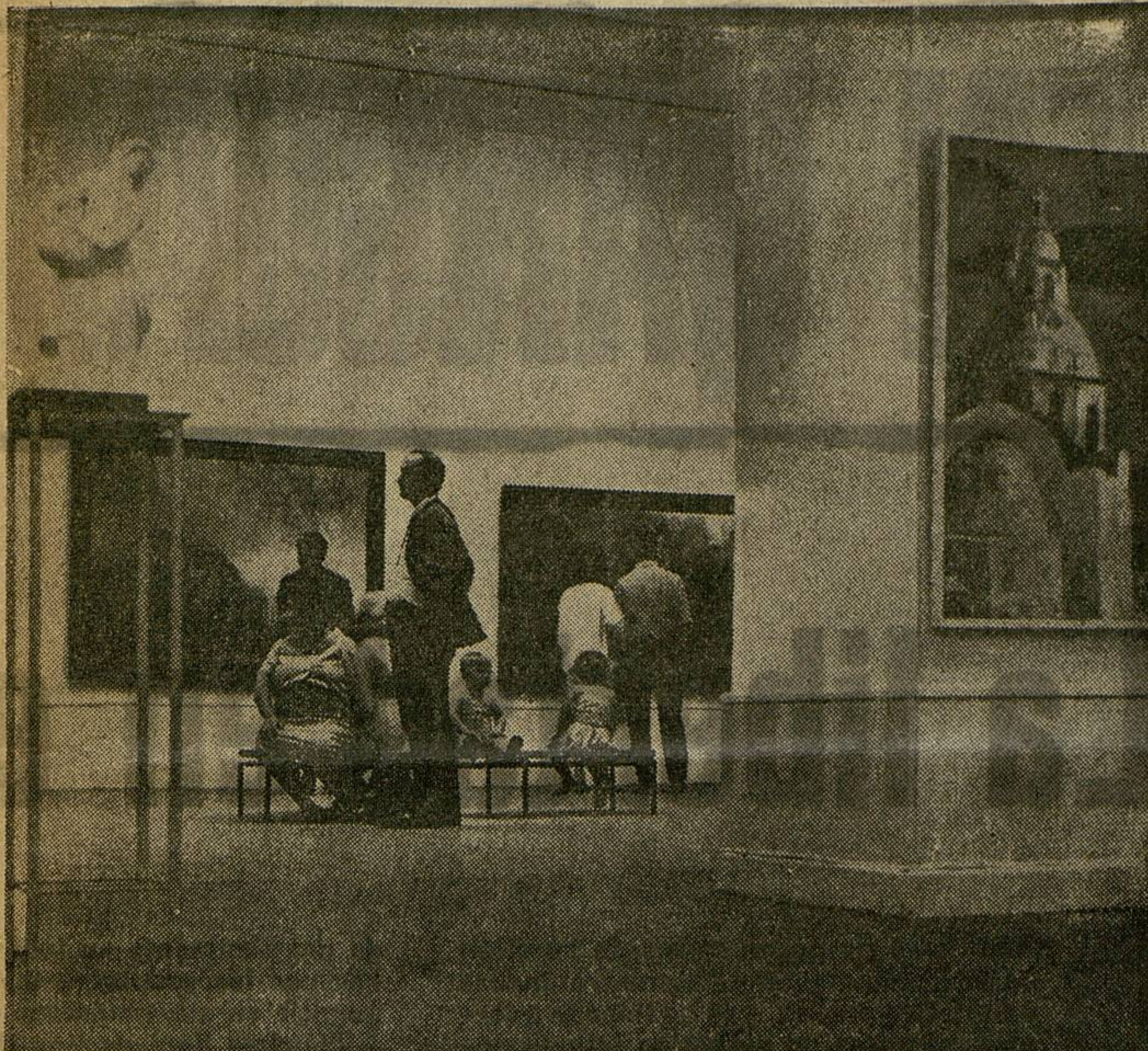
CONTEMPLACION DEL ARTE

La polémica planteada en los últimos lustros en torno al arte, ha motivado, junto a la indudable garra publicitaria, que la polémica en sí contraía en favor de las nuevas tendencias la aparición de espectadores nuevos y los consiguientes «modos» diferentes de ver y contemplar. Junto a un arte nuevo nació un espectador nuevo que, en la inmensa mayoría de los casos, si no aborrecía, si despreciaba olímpicamente los «ismos» de vanguardia, en tanto que admitía la pintura tradicional, porque así estaba establecido, no porque la mera acción contemplativa sugiriese deleite alguno.

Digamos, intentando romper un poco el tópico, que «en el término medio está lo normal», para poner en los extremos, no importa en uno o en otro, a dos grupos muy diferentes de «contempladores» ante la obra de arte: los profanos y los eruditos. En rigor, ninguno de los dos sabe ver la obra de arte. Ambos hacen pasar por el crisol de sus prejuicios de receta todo lo que ven. No es la obra de arte la que configura en ellos una opinión, sino que es ella misma la configurada—moldeada mejor— por sus ideas.

Los profanos admiten la obra de arte como tal después de aplicar el patrón tradicional de la secular contemplación. Estos admiten «La Iliada», «El Fausto» o «El Quijote», «Las hilanderas», la capilla Sixtina o El Escorial porque así está establecido y no por el placer estético individual. Pero esa admiración es pasiva si la contemplamos con su misma dinámica de protesta e indignación ante lo nuevo, ante la vanguardia que avanza más o menos de prisa.

Los eruditos, en tanto que eruditos, deben ser fieles a su erudición, y su visión es caduca. Más que caduca, fría. Dan a la obra de arte el valor de reliquia y no el de testigo y documento de su tiempo, principal premisa a tener en cuenta a la hora de enfrentarse ante ella. Ninguna de las dos posturas valen. Pero... dejémoslo aquí; ya nos ocuparemos de otras «especies de contempladores» otro día.



TV Ven casa

SIGUEN LAS PELICULAS VIOLENTAS

La programación veraniega no está dando mucho de sí. Uno diría que estamos atravesando una especie de letargo, paralelo al de la estación que ahora nos toca disfrutar. Han surgido, es cierto, una serie de espacios que sobre el papel encierran positivos valores, pero que a la hora de un juicio sereno y equilibrado no tienen suficiente consistencia para el análisis. Ya se enterarían ustedes—comenzando por algo concreto— de que desapareció ese programa de los jueves por la noche y que obedecía al título general de «Los bribones». La que ahora está en pantalla se titula «La nueva generación», y es, ni más ni menos, otra serie policiaca, con sus violencias, sus tiros, sus

raptos y sus degenerados. Pocas diferencias importantes respecto a este género específico, por mucho que en el lanzamiento se nos quisiera dorar la píldora.

UN MOTIVO DE PREOCUPACION

Creo que debemos alarmarnos un poco. Está visto que es lo que hoy se encuentra en el mercado. Parece ser que las productoras americanas es lo único que hacen y no hay más remedio que morir al palo. No obstante, permítanme que particularmente me preocupe esta superabundancia de telenovelas. Creo que poco a poco estamos creando una mentalidad juvenil que no es muy conveniente. Habrá que pensar, pues, en otras fórmulas que permitan conseguir una influencia más «a la españo-

la». Y no se me alcanza otra cosa que no se base en las producciones propias. Bien está ver películas de vez en cuando. Pero que forzadamente tengamos que aguantar una cada día—sólo el miércoles nos vemos libres de ella— y que todas además sean sobre el mismo tema, nos parece, sinceramente, demasiado.

TEATRO EN TELEVISION

En «Estudio 1» vimos recientemente «Julietta y Romeo», original de José María Pemán, en dirección y realización de Cayetano Luca de Tena. No sé si ustedes conocen el argumento de esta obra. Una joven «marquesa», viuda, se halla sometida al criterio de sus dos maduras «cuñadas», tipos éstos siempre muy bien definidos por el autor. En momento en que la «viudita» se encuentra apurada por cuestión de una herencia, aparece un hombre que, haciéndose pasar por «agente de seguros agrícolas», se enamora de la marquesa y al final aporta los datos suficientes para que nadie pueda dudar de los derechos que sobre esa herencia asisten a la joven aristócrata. No obstante, los hace desaparecer para que, de esa

forma, la boda entre ellos pueda celebrarse sin las trabas de una diferencia social importante. No obstante, la joven viuda debe recibir a un «primo lejano», que es el que ha puesto en litigio esa herencia y al que las dos «cuñadas» han hecho venir para ver si con el casamiento de «marquesa» y «heredero», la «viuda», Julieta, puede seguir siendo la rica joven de siempre. Por fin, como estaba previsto, «primo litigante» y «agente de seguros agrícolas» son la misma persona. Y todo acaba tan felizmente.

TRES BUENOS ACTORES

Julita Martínez y Pablo Sanz fueron los dos protagonistas. La «cuñada», que se encarga de llevar la batuta, estuvo muy bien interpretada por Tota Alba. Estos tres actores llevaron la obra y la llevaron bien. La verdad es que el espacio fue puro teatro televisado, y no, como debía haber sido, «teatro para televisión». Cayetano Luca de Tena no se complicó demasiado la vida y se fue por los caminos de lo cómodo. Daba la impresión, en casi los noventa minutos que dura la obra, de que se trataba de un escenario en el

que habían colocado las cámaras, y ja retratar lo que pasa!

DEMASIADO CONVENCIONALISMO

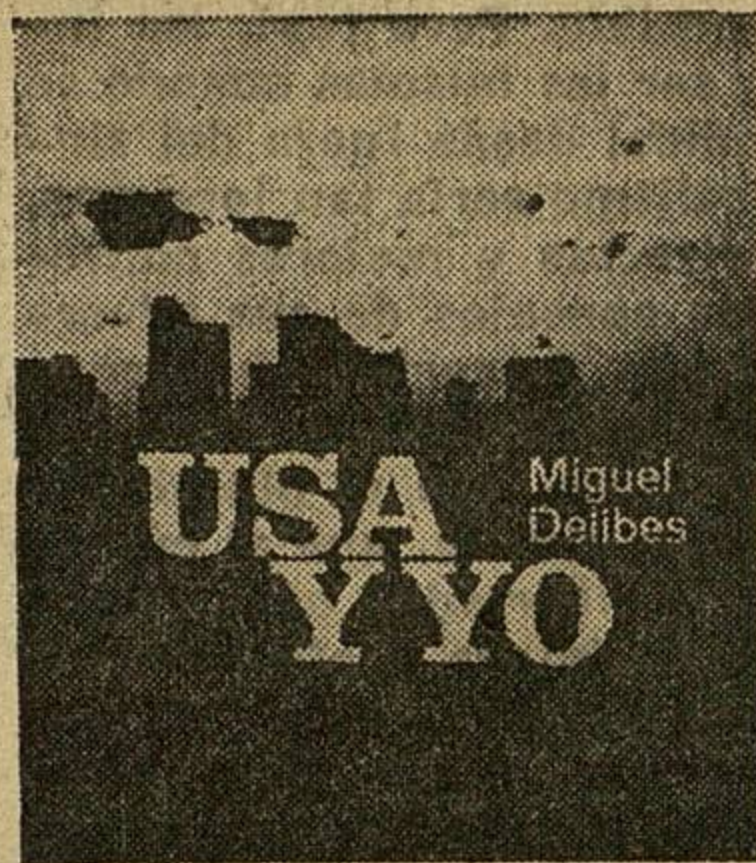
«Historias para la paz», que teóricamente podían haber resultado buenos programas, están saliendo, de verdad, cargados de tópicos y escasos de naturalidad. En el espacio dedicado al campo, aquella presentación a cargo de un actor, cuando él asegura taxativamente que es «un labrador», es algo que no debió hacerse. El campo español requiere un tratamiento especial, lejos de tópicos y convencionalismos. Creemos que le sobra literatura, y si no, que le pregunten, por ejemplo, a Mombiedro, presidente de la Hermandad Nacional de Labradores. Nos acordábamos, al ver al actor, de unas palabras que en cierta ocasión, con motivo de aquel gran programa que la RTF emitió hace ya dieciséis años dedicado al campo y sus problemas, su creador, Roger de Lois, aseguraba que «nadie es capaz de interpretar el papel de un campesino con más perfección que un campesino». Y el actor de la otra noche se veía que no era campesino.

B. G. J.

UN NOVELISTA DE CASTILLA, EN LOS ESTADOS UNIDOS

«USA Y YO»,

de MIGUEL DELIBES



DESDE «Poeta en Nueva York», de Federico García Lorca, no ha dejado de interesar al escritor español el vivir norteamericano. Como aquí mismo se ha dicho, el fenómeno es idéntico en Europa. Mas esta atención se ha multiplicado últimamente como corresponde, lógicamente, al mayor intercambio cultural entre los dos países. No hace más de cuatro meses estábamos coincidiendo en los Estados Unidos—pronunciando conferencias en diversos centros— un buen número de escritores españoles. Añadamos a esto, junto al amplio elenco de profesores españoles permanentes allí, y en creciente, los profesores visitantes que realizan un curso monográfico o que han contratado un determinado número de lecciones. El conocimiento es cada vez mayor, y cada vez también mayor el deseo no solamente de destruir los tópicos, favorables o desfavorables, sino de manifestar, junto al rigor, el amor. Y esto sólo lo puede dar el conocimiento. A mí me parece bien—por su documentación y su temple— que Carlos María Ydígoras haya escrito su tremenda diatriba «Los libertadores usas» utilizando toda la argumentación hoy esgrimida contra aquel país, producida incluso por escritores norteamericanos que escriben con lo que José Antonio Primo de Rivera llamaba «amor de disgusto», pero estoy seguro de que de haber visitado aquel país, conocido sus instituciones, conversado con sus gentes, hubiera matizado un tanto sus opiniones. No hay país—y nosotros sabemos mucho de esto— que por importante que haya sido su papel en la Historia no ofrezca material para una leyenda negra, lo mismo que puede suministrarle para un leyenda áurea.

Creo que la iniciación de esta mirada comprensiva para los Estados Unidos de América se inicia en España con «Los Estados Unidos en escorzo», de Julián Marías. Junto a él deben alinearse «Usa, patología de la prosperidad», de Manuel Blanco Tobío; «Norteamérica, hispanidad», de José Ramón Alonso, y este de Miguel Delibes, «Usa y yo» (Destino, 1966). No estoy de acuerdo con Juan Aparicio al contraponer éste a los de Tobío, José Ramón Alonso e Ydígoras. No es un mal sentimiento el de la gratitud para ir al conocimiento si se mantiene el espíritu crítico, y ambas razones abundan en los tres escritores mencionados, aunque sus ideologías puedan ser distintas. Nobleza obliga y éstos son libros de una nobleza absoluta.

Miguel Delibes se va haciendo un perfil de viajero, sin que en ningún momento sus danzas le hagan perder el pie en sí mismo. Siempre es el mismo castellano de Valladolid, el mismo cristiano tradicional preocupado por el cristianismo de hoy en el mundo, el mismo ciudadano entrañable de su ciudad que quiere ver cómo viven y conviven los ciudadanos de otras partes. Sus módulos caseros—que no son armas de ataque, sino sencillamente medidas manejables—cimentan su filosofía, pero no la constriñen. Cuando hay que reconocer una cosa, se reconoce y en paz. El mira al campo en los Estados Unidos, sin olvidar los castellanos de su costumbre; estudia la educación, sin perder de vista la española; los problemas sociales, teniendo en cuenta las habas que se cuecen en casa; la postura norteamericana ante la religión o la muerte. Se aturde un poco ante los rascacielos neoyorquinos y tal vez abuse del tópico del cemento—que

UN LIBRO ...CADA SEMANA

en realidad corresponde a la parte más vieja de Nueva York—, cuando en realidad mucha desaparece ante el acero y el cristal, que quitan mucha pesadumbre; pero, en general, camina por las ciudades, los campos y las universidades norteamericanas con un pie seguro y, desde luego, con una bonísima voluntad.

Pese a lo pretencioso del título, no es más que humildad; decir lo que él, Miguel Delibes, novelista y profesor español, ciudadano de Valladolid y cazador de liebres y perdices, le parece todo aquello, siempre dispuesto a mantener su opinión mientras razonablemente no se le demuestre lo contrario.

Se ve en estas páginas al Delibes de siempre, quizá un tanto contenido, sin volar demasiado alto, amarrado a impresiones concretas, a datos exactos. Me parece muy bien enfocar como enfoca lo de los negros; es decir reconociendo que ahora que parece más virulenta la lucha es justamente cuando se busca la solución del problema, e igual el tema de la pobreza. Y adopta un sincero tono medio al referirse a la figura de Kennedy. Sólo en algún momento echa mano de su bien probado buen humor, y ningún lirismo ni ninguna imprecación le asalta. Sencillez y buen sentido. Yo creo que es lo que a todos nos está haciendo falta para interpretar la grandeza y la miseria de ese gran país que se llama los Estados Unidos de América.

Dámaso SANTOS

DETTRAS DE LAS PERSIANAS MD por Víctor Alperi

Los Estados Unidos vistos por Miguel Delibes

"Pensemos como los sabios, pero expresémonos como el pueblo corriente"; la presente frase de Aristóteles era la divisa de lady Gregory, la gran mujer y escritora irlandesa. La misma frase se puede aplicar para definir el último libro de Miguel Delibes, titulado "USA y yo", que es un viaje del famoso escritor vallisoletano por tierras de Norteamérica.

Miguel Delibes es un maestro de la prosa castellana; es decir, habla y escribe como el pueblo corriente, como el sencillo pueblo de la meseta castellana. Y sus ideas son claras y profundas como la de los sabios. Por lo menos, como la de los sabios que visitaron la América del norte.

Delibes, ganador del Premio Nadal de 1947, con una delicada y primorosa novela titulada "La sombra del ciprés es alargada", es también autor de otras muchas novelas importantes, como "Las ratas", "El camino". Escritor y cazador tiene publicados libros sobre la caza menor, sobre Castilla, libros de viajes a la América española, "Por esos mundos", etc.

En "USA y yo", el lector se enfrenta con dos cosas: Con los Estados Unidos y con Miguel Delibes. Castilla y América chocan, y de ese choque sale un libro sorprendente, delicado y profundo. El mismo Delibes nos dice: "A mí, sencillamente, como a otros muchos europeos, el contacto con USA me asombró y el resultado de mi asombro son estas líneas".

El lector también quedará maravillado por la obra; agradecido a Miguel Delibes, por muchas ideas y por muchos y buenos momentos literarios.

"USA y yo". Ediciones Destino, S. L. Barcelona, 1966.

"Comarcas" Seminario de Asturias - 18-6-66

FUNDACION MIGUEL DELIBES

Diario Regional.
Valladolid.
18. junio. 66



5

DIA TRAS DIA

Aurelio de Cádiz

¡Cómo se pasa el tiempo, Señor! No es muy original decir esto, pero tampoco vamos a estar siempre llevando la contraria a lo que, naturalmente se nos ocurre. ¿Que por qué digo ahora esta vulgaridad? Porque al leer el artículo «Concierto de cante gitano», firmado en DIARIO REGIONAL por ese hombre que lo sabe todo y que se llama Manuel Marín Campos, he recordado mi visita a Cádiz, en viaje memorable por toda Andalucía, en compañía de Angeles y Miguel Delibes. Y de mi mujer, por supuesto. ¿Es posible que hayan pasado ya diez años? Fue, aquel, un viaje radiante, de alegría fascinadora y de humor a badajo suelto, a pesar del frío que pasamos. ¿En Andalucía? Sí, en Andalucía. Es que nos cogió un temporal de abrigo. Anoche, precisamente, Miguel Delibes me entregó un ejemplar dedicado «a modo» de su nuevo libro «USA y yo», que tiene muy buena pinta.

Marín Campos habla en su artículo, muy bello, del «Potaje Gitano» que por décima vez se va a celebrar en Utrera. ¡Ahí es nada! Ya en el final del artículo se alude a Aurelio Sellés con estas puntuales palabras: «Asistiré, como invitado de honor, Aurelio Sellés, ese catedrático de cante de Cádiz, que ha sabido interpretar con módulo genial los cantares gitanos.»

Conocimos a Aurelio Sellés, «Aurelio de Cádiz», en una reunión presidida por José María Pemán. Se iba a rendir un homenaje a Aurelio, que nunca había cantado en un teatro, porque Aurelio sólo canta en grandes fiestas parti-

culares, resguardando así el «rito» de su arte.

Habíamos paseado en coche de caballos. Yo iba en el pescante, al lado del auriga, y de esa manera, mecido por el trotecillo del caballo, iba yo recreándome en la contemplación del mar de Cádiz. A mi izquierda, la bahía, de seda tersa y azul. A mi derecha, el Atlántico, ya embravecido: el camino de América. De pronto, recortado por un arco, un verdadero ejército de gaviotas. «Esto anuncia mal tiempo», me dijeron. Lo dijo quizá mi compañero de carrera Salvador Engo Núñez. Pero el sol, aquel día, era dulce, y el viente-cillo nos llenaba la frente de buena salud.

Al atardecer, la reunión con Aurelio Sellés. ¡Qué gran figura! Aurelio es, no sólo un cantador excepcional, sino la sabiduría viviente del cante «jondo.» Le decían: «Debes escribir todo eso que sabes. Debes grabar...» Aurelio contaba historias, anécdotas, curiosidades que desaparecerán con él. Estaba un poco emocionado por el homenaje a nunciado, y quiero recordar que andaba un tanto ronco. Se arrancó de repente con una especie de grito o de suspiro, y fue entonces cuando yo me percaté de la profundidad del cante andaluz.

Tuvimos la suerte de conocer las primicias del poema que Pemán dedicara a «Aurelio de Cádiz, un poema lleno de gracia, de luz, de musicalidad, de ternura.

Todo esto ocurría hace diez años. En una posada-museo de Cádiz. Aurelio Sellés, hoy precisamente, estará en Utrera. ¡Quién pudiera escucharlo!

Francisco Javier MARTIN ABRIL

(Prohibida la reproducción)

Domingo, 19 de junio de 1966



LAS ARTES

«USA Y YO»

Un libro de Delibes

Por ANGEL LACALLE

Miguel Delibes, periodista y novelista de bien cimentado prestigio, ha escrito su segundo libro de viajes: «Usa y yo», que acaba de publicar, muy pulcramente por cierto, Ediciones Destino.

En este libro recoge impresiones de su recorrido por los Estados Unidos. Nada se escapa a los ojos del periodista. Ha ahondado en la tierra y en el alma de aquellos ciudadanos. Su visión es directa y objetiva. Recoge lo que ha palpado, lo que ha vivido. No asegura que los Estados Unidos sean así, sino que así los ha visto y así le han parecido. Con todo, está dispuesto a una revisión, incluso a rectificar si se demostrase lo contrario.

Como Delibes es además escritor —castellano rotundo— este libro de viajes se lee con el máximo interés. No cansa en ningún momento; es más, no puede abandonarse hasta llegar al final. Hay noticias sorprendentes, observaciones agudas sobre hechos tan extraños que llegan a parecerse inverosímiles. Creo sinceramente que leyendo este libro se saben más cosas de Norteamérica que estudiando una historia del país. El historiador, hombre de ciencia, discurre ante su mesa de trabajo, rodeado de notas y ficheros. El periodista discurre ante la realidad y refleja lo que ve, con verdad y calor.

La visión de Nueva York es espléndida. Ninguna ciudad puede ofrecer mayor contraste al hombre «habitado a los amplios, inacabables horizontes de Castilla y la tierra firme bajo los pies». El contraste es de asombro.

Nueva York se asemeja a la jungla brasileña, sin más que sustituir árboles por edificios. El cinturón industrial «es algo asfixiante, opresivo, que se prolonga kilómetros y kilómetros hasta el punto de que uno se inquieta y piensa: «¡Dios mío!, ¿es que será todo así?» Factorías, chimeneas, inmensas naves, fabulosos depósitos y refinerías, más chimeneas, más naves, más factorías». El maquinismo ha alcanzado el tope. El hombre no trabaja ya, se limita a ver trabajar a las máquinas y a corregirlas cada vez que se desmandan. El trabajo como esfuerzo muscular apenas se concibe. Salta a la vista la prosperidad del país Estados Unidos es un país sobrado que tiene, por el momento, para dar y tomar.

Todo está mecanizado. Allí no se camina. Esa costumbre tan provinciana, tan agradable, tan reposada, que todavía se conserva en España, no ha debido existir por aquellas latitudes. El coche es allí una necesidad. Por las distancias inconmensurables y porque la mayoría de los ciudadanos viven en el campo. En América los muchachos y muchachas suelen conocerse a través de las respectivas ventanillas: «el flechazo en plena calle es inconcebible». El hombre andariego parece un bicho raro. No es fácil encontrar un hombre a pie.

Este uso continuo del automóvil, desde que se nace, llega a conseguir en el americano una torpeza de piernas. Su fortaleza la hace más patente. «Son malos bailarines y andan desgarbadamente, con frecuencia arrastrando los pies. El hecho de que cultive el deporte con asiduidad no les libra de esta especie de agarrotamiento. Claro que los deportes que frecuenta son deportes que exigen cierta precisión manual —tenis, baloncesto, golf—, pero donde las piernas apenas sirven para otra cosa que para sostenerse y desplazarse».

«El automóvil es para este país lo que los pies para el nuestro». Allí no se gastan medias suelas, sino neumáticos. Apenas hay zapateros, pero existen mecánicos en cada esquina.

En América se impone lo grande. Y también la serie. Los americanos comen en serie, visten en serie y se motorizan en serie. Su vida está organizada sobre estas bases porque su economía lo exige. Habitado al trato con la máquina se vuelve un poco hurraño, se recluye en su casa y precisa cada día menos del trato social y del diálogo.

Las páginas que dedica Delibes al Greenwich Village, el barrio bohemio de Nueva York, son fuertemente sugestivas. Contra el dinamismo trepidante de la monstruosa urbe, este rincón apacible. Como una protesta. Así, si la asepsia es una de las grandes preocupaciones norteamericanas, en este barrio los jovencitos y las jovencitas gustan de exhibir —con esa propensión al hibridismo que va trasluciendo ya en muchos ambientes— ellas, su pelo a lo muchacho y ellos, sus melenas a lo muchachas, pero en cualquier caso, no demasiado aseados. Es hacer lo contrario de lo que se hace a su alrededor.

La descripción de Washington está muy lograda. En contraste con Nueva York, la capital federal da una impresión de sosiego, de serenidad y reposo. Hasta los automóviles circulan silenciosamente, a velocidades moderadas.

El capítulo, «La intimidad acorazada» no tiene desperdicio. Acierta a definir el carácter de aquellos hombres. La gentileza, la corrección del americano son virtudes generales; pero le falta efusividad, humanidad. Cada individuo, cada familia está como recluido en una isla. Lo que hagan o dejen de hacer los demás les tiene sin cuidado. El «vive como quieras» encuentra en este pueblo una explicación estricta. Este desinterés por lo ajeno constituye, en el fondo, una manifestación de indiferencia.

La familia americana contrasta con la nuestra. Los hijos se emancipan apenas han cumplido los 17 ó 18 años. No sólo se van de casa, sino que se van muy lejos. El padre y la madre lo lamentan, pero se resignan; ellos, treinta años antes, hicieron lo mismo. No ha desaparecido la familia americana, pero los vínculos que unen a sus miembros son más débiles y menos prolongados que en España.

¿Y los estragos que el divorcio ocasiona en U.S.A.? Estragos de todo orden: niños sin amor y sin hogar; padres desquiciados, insatisfechos; endurecimiento progresivo, celos y desconfianzas. Así, el matrimonio en América ha dejado de ser una cosa seria. Las estadísticas de divorcios ofrecen unos cuadros desconsoladores.

Los capítulos dedicados a los viejos, a la educación y cuidado del niño, a la socialización de la abundancia y la integración racial, los padres, la muerte disfrazada, la religiosidad, son los últimos temas que se abordan agudamente en este libro admirable.

La Vanguardia
Miércoles 23 Junio 66



U.S.A. Y YO

por Miguel Delibes. — Col. «Ser o no Ser»; Ed. Destino, B.

Encierra el libro las memorias del viaje que el autor hizo por los Estados Unidos. Miguel Delibes, de pura cepa rural castellana, no deja de asombrarse desde el momento en que el «Constitution» hace su entrada en el Hudson. A partir de este momento las medidas que tenía para las cosas se le quedan pequeñas. Y este libro es la búsqueda de la medida americana, pero no sólo en lo material, sino, especialmente, de

las medidas del espíritu. Paso a paso va adentrándose en el comportamiento de la gente, de la sociedad americana, de su pensar y su actuar. Los temas tópicos americanos —la abundancia, el divorcio, la religión, la libertad, la agricultura— son vistos con la agudeza particular de Delibes. Los temas de actualidad, tales como Kennedy, la integración racial, los miedos americanos, la socialización de la abundancia, son tratados con una particular visión.

Co
gua
una
Davi
a Rón
dan
poco
Fier
de M

«U.S.A. Y YO»

De Miguel DELIBES

NUESTRAS

Ed. Destino. Barcelona.

Por Guillermo DIAZ-PLAJA

LITERATURA ITINERANTE.—Algunas veces he señalado—aquí y allá—que un módulo definitorio del hombre de hoy lo configura su condición itinerante. Caminar por el ancho mundo se ha convertido en una costumbre, ciertamente insólita cincuenta años atrás. Los que hemos doblado este pequeño “cabo de las Tormentas” del medio siglo, tenemos—en esto como en tantas cosas—una perspectiva exacta del cambio acontecido, recordando a la humanidad estática de nuestra niñez. ¿Cuántas personas no conocimos entonces sin otro horizonte que el de su infancia? No existía movilidad como norma, excepto para el nomadismo o para la aventura. Las gentes “estaban”, encuadradas en sus horizontes, porque los mapas no habían encontrado el secreto de convertirse, de pronto, en una encrucijada de rutas velocísimas, respunteadas por la extraña geografía de los aeropuertos. El mundo ya no es “ancho y ajeno”, como el título de *Ciro Alegría*, sino “pequeño y entrañable”. Su goce ha perdido a aquel aire arriesgado e insólito con que los que solían recorrerlo nos asombraban, en la época en la que los Pierre Loti o los Blasco Ibáñez desplegaban sus tapices exóticos. Por el contrario, la literatura viajera debe conformarse con una observación de las cosas, en la que la brillantez debe sustituirse por la hondura. La literatura viajera ha ganado, con ello, importancia, densidad humana, quilates. Se trata de un género literario, ciertamente, poco valorado entre nosotros. No he de hacer ahora su elogio, ni sería gentil aducir mi larga entrega a este menester literario, en el que cabe desde la captación de los contornos físicos al buceo en las realidades espirituales que en ellos subyacen.

ALCANZE A LOS ESTADOS UNIDOS.—Preferiré operar sobre un ejemplo. El gran novelista vallisoletano Miguel Delibes, hombre entrañado en la tierra solar de Castilla, nos ofrece, en un amplio y bien ilustrado volumen, el resultado de una experiencia vital en el grande, en el desmesurado mundo de la América del Norte, que cubre la bandera de las bandas y de las estrellas. Diré, para que se comprenda el interés con que lo he leído, que esa experiencia ha coincidido en tiempo y geografía con la que a mí me ha sido dado gozar. Unas horas gratisimas, reunidos en Washington, nos permitieron el intercambio verbal de nuestras impresiones. Voy a continuarlos por escrito.

Los Estados Unidos “son potentes y grandes”, como dice el verso rubeniano. Quiere decirse, para empezar, que cualquier pretensión abarcadora es—de por sí—desaforada, y no falta la correspondiente declaración de humildad en varias páginas del libro. Dos cosas, sin embargo, pueden

facilitar una cierta posibilidad de síntesis: la reducción geográfica del territorio descrito, que no se separa mucho del ángulo nordeste del país, y la proclividad a las formas “standartizadas”, que conducen a la repetición uniforme de modos y modas de vivir. En cualquier caso, si Delibes hubiera prolongado sus itinerarios, hacia el lejano Oeste—la costa del Pacífico—, o hacia la frontera sur—especialmente Texas, Nuevo México, Luisiana y Florida—hubiera hallado, ciertamente, motivos de perplejidad, si que también una multiplicación de seducciones y otra problemática humana distinta, a la que no falta ni poesía ni patetismo. Los “Estados” que el novelista recorre y describe, en torno al núcleo atlántico del país cercano a la frontera del Canadá, se ordenan en la zona a la que los propios norteamericanos denominan “yankee” y cuyas características de paisaje, población y costumbres tipifican un sector de la vida estadounidense, acaso el más conocido, el más universalizado.



Miguel Delibes.

Las observaciones elementales.—Aí, las páginas de Delibes deben extenderse en torno a formas de vivir que no son ya muy conocidas. Los Estados Unidos, en efecto, son el país menos sorprendente del mundo: quiero decir que cincuenta años de cine americano nos han

vir que no son ya muy conocidas. Los Estados Unidos, en efecto, son el país menos sorprendente del mundo: quiero decir que cincuenta años de cine americano nos han

dado tal gama de “datos” (visuales y psíquicos, ciudadanos y rurales, opulentos y miserables) que todo cuanto vemos—o cuanto leemos—nos parece ya conocido. Cuando se recorre por primera vez Nueva York se tiene la impresión de que “uno había estado ya allí” anteriormente. De ahí que el libro de viajes—necesariamente—deba hacer mención de unas realidades no por “remotas” menos “cotidianas”. El buen arte de mirar del novelista Delibes halla material en que apoyar su excelente y sobria prosa descriptiva, puntual como lo que es en este caso: una crónica visual en la que todos los elementos que se describen tienen una razón de ser, como participantes de una ordenación sinfónica de la totalidad de los datos allegados.

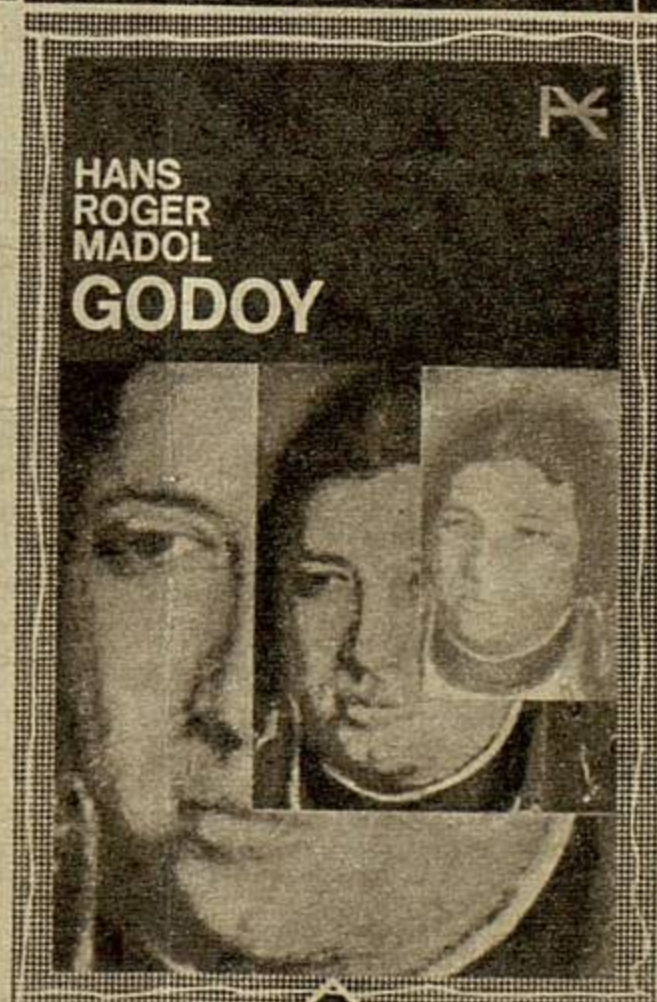
Destaco, en mi condición de co-observador de los mismos fenómenos, las crónicas correspondientes a la laboriosidad americana, al predominio del automóvil, al divorcio, a las costumbres funerarias, al pavoroso problema de la discriminación racial, a la terrible situación de los viejos, a ciertos aspectos de la educación, al sentido práctico con que se acometen todas las cuestiones, etc.

LAS OBSERVACIONES MEDIAS.—Agruparía en este apartado algunas de las anotaciones en las que Miguel Delibes sobrepasa el plano, forzosamente superficial, del reportaje, para incidir en una visión más honda. Son las que intentan arañar una realidad subyacente tras la pantalla o el biombo que deslumbran, ya por su grandiosidad, ya por su brillantez. Una de estas calas, pongo por ejemplo, es la que establece la diferencia entre las ciudades americanas durante el día y durante la noche. El arte de animar la oscuridad por medio de letreros luminosos, cambiantes de forma y de color, sorprendiendo a cada minuto con una estridencia distinta es una constante del paisaje urbanístico norteamericano. “Es preciso que amanezca, que los guiños versicolores cesen, que la rueda deje de girar y se apague bajo el sol, que los escaparates enmudezcan, para reducir aquel tinglado a sus verdaderas dimensiones. Con el día, las pequeñas ciudades americanas pierden grandiosidad. Continúan siendo atractivas, pero dejan de deslumbrarnos. De noche todas las ciudades americanas parecen en fiesta.” Yo añadiría a esta observación de Delibes una sola, la más espectacular acaso de mi recuerdo de viajero: la ciudad de Las Vegas, locura multicolor en la noche, terrible realidad gris de barracón desencantado sobre una llanura desierta y calcinada cuando sale el sol.

LAS OBSERVACIONES PROFUNDAS.—No acometeré la inútil tarea de seriar, una por una, las observaciones de Delibes, cuyo alcance ya voy señalando al lector. Recordaré, únicamente, que existe un plano superior de inquisiciones en el que el novelista intenta calar con más hondura. Señalaré algunas.

Las observaciones en torno a los niños, por ejemplo, son muy sagaces, no sólo en lo que se refiere a su primera infancia, sino también a la adolescencia, y en un plano educativo que es trascendental: Por aquí vamos a desembocar en el primer fin de la escuela yanqui: formar a un ciudadano. Esto que consideramos poca cosa no lo es si consideramos que un ciudadano es un ser que vive en comunidad libremente, pero nunca debe pretender aplastar, con los derechos que le concede tal libertad, a sus conciudadanos, igualmente libres que él. Nace así el mutuo respeto que es, en conclusión, el soporte de toda convivencia. En estas páginas, el reportaje cala en

El libro de bolsillo Alianza Editorial



HANS ROGER MADOL
GODOY

288 páginas - 50 pesetas

publica hoy

PÍDALO EN SU LIBRERÍA O EN ALIANZA EDITORIAL APARTADO 9107 MADRID (6) TEL. 256 59 57

(Pasa a la pág. 4.ª de «Mirador».)

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

"USA Y YO", de Miguel Delibes

MD

Yanquilandia, vista por el escritor castellano

La vastedad física y espiritual de la gran nación americana tiente una y otra vez a quienes, con el vicio de escribir por delante, cruzan el Atlántico. ¿Qué supone ese choque, vivísimo de sensibilidad, para el europeo, y más concretamente para el español? En definitiva, y ello nos afirma en nuestra creencia de que no cabe dissociar el interno paisaje, la previa mentalidad de quienes se enfrentan a una situación desconocida, la América de los rascacielos y los suburbios malolientes, la del perpetuo milagro económico y la de la atroz requisitoria de Steinbeck, es sobre todo perplejidad. El viajero luchará por acomodar su talante vital a la nueva circunstancia, intentará comprender desde sus módulos y el viejo sedimento de sus afectos, de sus pasiones y predilecciones. Jardiel Poncela escribía de ese "infinito dolor, entre un Cadillac y un Ford", dando una revolera trágica a la pirueta de su humorismo. Marias nos iba a brindar en su ensayo americano la estampa evanescente de la vida familiar: nieve y ternura, civismo y comprensión. No tuvieron los Estados Unidos una poesía —en lengua castella— favorable. Desde el asombro de Lorca, vitalista y caótico, a la intención política de Alberti, Neruda, el cubano Guillén, pasando por el diario de Juan Ramón Jiménez, cuando quería arrojar sobre las alfombras la punta de su cigarro, para que, tras el fuego purificador, asomara un trozo de cielo, la América cosmopolita iba a recibir los alfilerazos de quienes, en hervor de hipersensibilidad, veían perturbadas sus funciones creadoras por el maquinismo y la prisa.

Miguel Delibes se iba a encontrar, junto a la estatua de la Libertad, con que ya casi todo estaba dicho. Desde la visión ingenua de los asombrados de siempre, hasta la América amarga de quienes conjugaban técnica sociológica, el mapa espiritual norteamericano estaba trazado. Al novelista sólo le quedaba una oportunidad: ver y contar. "Yo no me atrevo—confiesa—a decir que los Estados Unidos sean así, sino que así los he visto o así me han parecido, con lo que vengo a reconocer que el día en que se demuestre lo contrario de lo que afirmo—sea para bien o para mal—se me encontrará siempre dispuesto a una revisión y, si se tercia, a una rectificación". Esto es, el escritor se sitúa humildemente ante los demás. Norteamérica, a través de su pupila, es un país bueno o malo, según la faceta que examine, diferente o semejante, pero visto de primera intención, sin más profundidad—ya es bastante—que la penetración diaria de sus costumbres, de la vida alrededor. «USA y yo» es un amplio reportaje, afortunadamente liberado de ese tufillo pedante del periodismo que juega a ser trascendente. Delibes narra en directo, sin ampulósidades ni lirismos a destiempo. El escritor se sumerge a fondo en la vida americana, observa y escribe. Pero no puede olvidar un solo momento su condición de español, la servidumbre del hombre de letras a una colectividad propia. Por esta razón, loabilísima, sus artículos quedan empapados de un aire de contraste. Unas veces quieren recordarnos a los españoles nuestro desfasamiento histórico, otras espolean las dormidas energías del peninsular, para me-

recer metas que ya son realidad en el pueblo americano. La agudeza de Miguel Delibes se patentiza—en derredor a las antinomias perdurables—con los más aparentemente nimios motivos. A veces habrá de decirse de esa frialdad aséptica que rodea a los viejos americanos. La vida americana está organizada para gente sana y fuerte. Los enfermos, al hospital; los muertos, al Funeral Home; los ancianos, al asilo. Esta es la triste realidad." La institución familiar se va perdiendo en América. En España, por fortuna, se mantiene enhiesta, todavía. Pero, a pesar de ello, "los viejos abandonados por la familia y la sociedad, son, en España, comparativamente, poca cosa, pero estos viejos están, para nuestro bochorno, abandonados del todo". Otras veces, poniendo el ejemplo por delante, denuncia el bajo nivel de la enseñanza de nuestro país, contrastando dos sistemas de educación. "Son millares los licenciados que salen de las Universidades norteamericanas cada año y entre ellos, sin duda, muchas medianías"; sin embargo, la vida y la sociedad se encargarán de hacer la selección. Y apunta en dirección al inmenso campo, aún virgen, que se ofrece en España a la tarea de la educación. "Quedará siempre por ver el nivel cultural que alcanzarían nuestros templos universitarios—económicamente desasistidos y que consiguen tanto con tan poco—el día que se les dotase de los instrumentos adecuados para desarrollar sin trabas, su misión pedagógica".

El libro de Miguel Delibes, aparte de esos serenos capítulos dedicados al problema racial, respira confianza en el hombre. La base del gigantesco progreso americano reside en los sistemas de organización. Delibes se duele soterradamente de muchas cosas de España, pero nunca acude al socorrido, por más que en algunos figure enmarcado, "leit-motiv" de la decadencia física y mental de los españoles. Quizá sea este delicado enfrentamiento de dos culturas, de dos concepciones de la vida, el eje obsesivo de estos ensayos. De pasada y con una alada ligereza el novelista examina y compara. El resto, de una fascinación poco común, lo forma ese retablo americano, en el que desfila la palpitante proximidad: los niños, las religiones, los pobres, ese mundo agrícola que tanto iba a impresionar a quien llegara con la visión de los campos sedientos y abandonados de Castilla, el divorcio, los negros...

El estilo de Miguel Delibes, muy concretamente la prosa desenfadada de los "Diarios de un cazador" y el siguiente dedicado a la aventura americana de su Lorenzo, resplandece en estas páginas con una soltura carta el menor asomo de monorra envidiable, un ritmo que destonía y una viveza que se manifiesta cada pocas líneas. "USA y yo" es un libro personalísimo y, seguramente, polémico. Quizá dejemos de estar de acuerdo con el autor en el enjuiciamiento de algunas situaciones, en el aparente exceso de optimismo de ciertos aspectos de la vida americana, aunque habremos de reconocer el hondo atractivo que el talento del escritor ha acumulado en estos comentarios, esa tensión capaz de hacer que el lector no abandone el volumen hasta verlo concluido.

MIGUEL ANGEL PASTOR

"Madrid" AMD, 86, 82 10
"Ya"
"ABC"
"Pueblo" MD

6 de julio de 1966

«USA y yo»

Por Miguel Delibes

Los capítulos dedicados a Greenwich Village—el barrio bohemio de Nueva York—, la emancipación del adolescente del ambiente familiar, la confianza en el hombre, la educación y cuidado del niño, la socialización de la abundancia y la integración racial constituyen las páginas más agudas de esta obra admirable.



Ediciones Destino

«Las corrupciones»

Por Jesús Torbado

(Premio Alfaguara 1965)



El protagonista de "Las corrupciones" sabe que la esperanza es más hermosa que la realidad prometida. Sabe que es un consuelo. Por eso decide vivir sin ella, sólo con su soledad.

Ediciones Alfaguara, S. L.

«Séptimo día»

Por Eduardo Delgado

(Premio Ateneo

Valladolid 1966)

Es una narración tensa, desarrrollada con ese dramatismo que es la esencia misma de la vida. Escrita con técnica de aguafuerte; está impregnada de una filosofía que nos lleva a un final lógico, aunque imprevisto.



Afrodísio Aguado, S. A.

Sección de Librería

Galerías Preciados

Galerías de Arapiles

FUNDACION MIGUEL DELIBES

HOJAS ROSAS

CRITICA BIBLIOGRAFICA

En «U. S. A. y yo» Miguel Delibes nos ofrece una amplia, imparcial y sugestiva visión de los Estados Unidos

El norteamericano es un hombre que no desea que le hablen nunca de la muerte, pero embalsama a sus cadáveres como los egipcios

Para Delibes, Kennedy, en Washington, y Juan XXIII, en Roma, abrieron una era de la Historia del mundo que nadie podrá desviar

Miguel Delibes, el gran escritor español, autor de «Las ratas», del libro de la caza menor «La hoja rosa» y «Por esos mundos», se enfrenta en «USA y yo», publicada por «Destino», en su colección «Ser o no ser», con la perspectiva inmensa de los Estados Unidos, que su visión de escritor, de periodista y de hombre, irán bosquejando en esos interesantes reportajes de sus XXXIII capítulos. ¿Reportajes, ensayos, títulos de novela? En verdad que la perspectiva que al hombre de nuestro tiempo ofrece el mundo que le rodea le exige la agilidad del periodista; más aún, el más rápido y agudo de entre éstos no podrá evitar el malizar aquello que escribe tras el color de su propia sensibilidad, de su manera de ser. La que se ha denominado actualmente «novela objetiva» no es, como tampoco la «poesía social», una norma que todo nos lo resuelva. No se olvide que la ciencia pura de los corpúsculos reconoce que, inevitablemente, el resultado de la observación de ciertas magnitudes del mismo objeto, aparece modificado por el propio observador; la teoría de Berkeley no cae jamás. Así, en esa forma de expresión humana que es la escritura y, más aún, el escribir con belleza y personalidad, la ecuación sujeto-objeto, aparece en toda su vigencia. El mundo, las ciudades, los países y todo el conglomerado de gentes que ellos representan se nos dan, de esta manera, a través de un ser humano que descubre un cosmos y, a la vez, se descubre a sí mismo frente a unas gentes, a unas edificaciones. Stendhal decía al recorrer un cementerio que «en cada tumba reposaba una historia universal»; lo que ocurre es que, gracias a los escritores, esa historia se nos da, al menos, con las facetas de los distintos y múltiples ojos.

Miguel Delibes no ha rehusado nunca el enfrentarse con sinceridad con la circunstancia que le rodeaba. Igual con un pueblo misero de Castilla en «Las ratas», que con toda la filosofía del hombre que declina, y que comprende en la «Hoja rosa, que ahora, con aquel mismo coloso que reflejaron en sus poemas García Lorca y Rubén Darío y que, John Dos Passos nos dio fe en su obra para decir: «qué acertado estuvo Federico...». Pero lo que señalamos por delante, en este escritor honrado que

es Delibes, es el hecho de que no rehuye los temas más delicados, como el del sentido religioso y que, de otra parte, igual capta la laboriosidad y la confianza en el hombre en los Estados Unidos, que la soledad de ciertos paisajes y actitudes en la forma en que se aparta a los ancianos y algunos problemas vivos de la discriminación racial. Mas no podemos resistirnos a reproducir algunos párrafos de Delibes; veamos lo que dice de su impresión del amanecer al llegar a la ciudad de Nueva York, y navegar en el transatlántico por el Hudson, en esa aurora gris «chapoteada de palomas negras», que decía Federico García Lorca:

LA LLEGADA A NUEVA YORK

«La irrealidad neblinosa del amanecer me parece una circunstancia muy apropiada para tomar contacto con Nueva York. Los rascacielos, —ahora una densa floración de rascacielos: Empire, Rockefeller, Chrysler, etc.—, se adelantan hacia uno como espectros poderosos; sombras de cemento cuyo cosalismo sobrecoge. Hay algo de pesadilla en todo esto, impresión que acentúa el hecho de que el viajero se encuentre mal dormido. En ningún otro momento ha tenido uno, tan acentuada, la desagradable impresión de que el hombre puede ser un día aplastado por su propia obra. La danza de los rascacielos, desde el Hudson, al amanecer, encierra algo de carnavalada siniestra; algo así como una amenaza latente; quizás es la impresión de sentirse inserto lo que aghada al viajero; la tremenda sensación de impotencia e insignificancia, lo que le agarra. Porque el caso es que, en una ciudad erizada contra la claridad de la aurora, existe una belleza innegable, la belleza de una geometría desmesurada, de unas formas colosales, anárquicamente distribuidas, pero con un sustento común de pujanza, de fuerza».

Nos hablara Delibes —en una forma donde el sentido periodístico se mezcla con la agudeza personal— de la abundancia que sorprende al que llega a los Estados Unidos y de su supertécnica. Pero el sentido de observación del escritor es ambivalente y amplio. En realidad, la vida es así. Y no es nunca excepción de ello un gran país ni se modifica por los adelantos de la técnica. Así, por ejemplo, Delibes nos adentra en la sobrecogedora selva de fábricas y más fábricas al Sur de Nueva York y, en tal forma impera allí el cemento, que sería difícil encontrar —dice— dos juncos juntos. Mas, éste, es solamente un aspecto de Norteamérica. No todo es Nueva York y sus rascacielos. Otras ciudades —entre ellas Washington, la capital de Estados Unidos— crecen horizontalmente, sin temor alguno a tomar espacio de sus llanuras inmensas. En estas ciudades existen grandes parques, incluso en la capital de los Estados Unidos existe un gran bosque, en su mismo centro, y en él puede uno soñar y perderse. Existe así, en el país, una verdadera obsesión por el césped y los espacios verdes y en sus campos alternan cultivos y bosques. Las ardillas se ven por doquier.

LA DISCRIMINACION RACIAL

Uno de los capítulos de Delibes —y el tema lo toca en otros varios— es el de la discriminación racial que existe efectivamente. —se teme sobre todo el mestizaje— y que, en opinión del escritor desaparecería con una educación común completa y buena para el negro, tanto como para el blanco lo es ya. El escritor español vivía, durante su estancia en Washington en un barrio donde la discriminación racial no existía. «Al viajero —dice— le conmovía, en verdad, ver corretear por el césped, de la mano, a la pequeña rubia Annie con la negra Maggie. Ambas niñas se extasiaban con las muñecas; sentían las mismas ilusiones las mismas pesadumbres, los mismos problemas... Pero el de la piel no lo era —no era todavía problema—. Y el viajero se preguntaba, ¿por qué los adultos no pueden seguir viviendo como los niños?»

El predominio de la circulación rodada es de tal forma que apenas si se encuentra uno con un peatón; el curioso capítulo dedicado a las sectas de los Mormones y los Ameist (son éstos unos hombres que frente al maquinismo, si bien realizando una vida competentemente natura, y sin utilizar máquinas ni tractores para el campo); los pobres y la consideración a los niños; la intimidad acorazada del americano y el miedo a la insolidaridad; la cocina americana... todos estos aspectos son tratados en diferentes capítulos-reportajes por Migue. Delibes. Como verdadero enamorado del campo, uno de los más amplios estudios y con observaciones que el escritor dedica a Norteamérica es el, titulado «Un campo próspero» En él, Delibes nos explica de qué manera el desarrollo industrial de los Estados

PASA A LA PAGINA SIGUIENTE

San Sebastián
24 julio 66

12

EL DIARIO VASCO



Las artes y las letras

Por JOSE ACOSTA MONTORO

“U. S. A. Y YO”

MIGUEL Delibes ha concluido un periplo americano. Hace años recorrió Brasil, Uruguay, Argentina y Chile, y de su andanza viajera dio cuenta en su libro «Por esos mundos». No hace mucho ha visitado Estados Unidos y de esa expedición deja constancia amplia en «USA y yo», último de sus libros, al que da comienzo con una importante advertencia que al mismo tiempo que delimita la interpretación viajera de Miguel Delibes, explica la razón de tal título.

Dice así en la «Nota previa»: «La responsabilidad de que yo me empareje con USA en el título de estas páginas corresponde mitad por mitad a Marion Ament y Francisco Umbral. Marion Ament comenzó a leer estas impresiones antes de que yo regresara de América, y entonces me dijo: «Me interesan estos escritos más que por lo que me descubren de Norteamérica por lo que me descubren de ti.» Paco Umbral, por su parte, en afectuosa misiva venía a decirme que el choque de un castellano de pura cepa rural con el país más evolucionado y automático del mundo resultaba por demás regocitante y sabroso. Resumiendo: Estos Estados Unidos son «mis» Estados Unidos (un país no es sólo lo que ese país sea, sino lo que le añade la perspectiva de cada observador y aun la disposición síquica y mental de éste). Con esto quiero subrayar que el título de estas páginas, aunque de entrada pueda parecer un poco fatuo, no es, si bien se mira, sino un acto de humildad. Yo no me atrevo a decir que los Estados Unidos sean así, sino que así los he visto o así me han parecido, con lo que vengo a reconocer que el día en que se demuestre lo contrario de lo que afirmo —sea para bien o para mal— se me encontrará siempre dispuesto a una revisión y, si se tercia, a una rectificación.»

Estamos, pues, en que este libro no sólo retrata a Estados Unidos con la «leika» mental de Delibes, sino que refleja la propia personalidad del autor, en contraste con una forma de civilización automática y avanzada como pocas. Tiene el libro, por tanto, un doble valor, pues si Estados Unidos es un país complejo y con multitud de aristas que siempre ofrecen motivo nuevo a interpretaciones y comentarios, la personalidad de Miguel Delibes se contrasta con problemas que salen muy por fuera del marco habitual del escritor castellano.

Miguel Delibes, ojo avizor y sutil, se encuentra ante la complejidad del mundo norteamericano y trata de analizarlo desde sus cimientos, aunque sea brevemente y en función de una visita no muy larga. Miguel Delibes descubre por sí mismo la potencia y riqueza de un país cabeza del mundo, así como descubre su laboriosidad, sin que por ello deje de observar la protesta existente, de algún modo, y aun sus motivos, siguiendo un lógico itinerario que en Nueva York, por ejemplo, va de Manhattan a Greenwich Village. Todo se incluye en la percepción que Delibes transmite de Estados Unidos, desde la estatua de la Libertad, que saluda al viajero —cada día más estatua— a Bowary Street, donde la desesperanza reina, donde se agolpan los detritus humanos que una ciudad como Nueva York aniquila y desprecia.

Y no falta el rasgo irónico y socarrón del castellano viejo que resulta Miguel Delibes, como cuando refleja su conversación con Jerónimo, un emigrado español residente en Santa Bárbara (California) desde el año 13, quien se siente muy orgulloso de explicarle al viajero:

«—La estatua de la Libertad, ¿sabe?
—¿La Libertad? ¿Ha dicho la Libertad?
—Claro, la Libertad. ¿Es que nunca oyó hablar de ella?
—¡Como oír! Pero, la verdad, no la conozco.»

Al lector le interesa la visión de Delibes sobre la idiosincrasia estadounidense, su laboriosidad, su potencia, sus ciudades, su practicismo, su culto a los niños, su diversidad de religiones, etc. Mas, hoy, el lector busca con mayor interés la opinión sobre problemas

que han sobrepasado el suelo norteamericano y que hoy sacuden la opinión mundial. ¿Qué ha visto y qué opina Miguel Delibes de la opinión del pueblo norteamericano sobre la guerra vietnamita, sobre la pobreza, sobre el conflicto racial?

Vietnam está ausente de este libro, pero sí se habla mucho del problema racial y de la pobreza en Estados Unidos. Delibes muestra cómo resulta palmario «que las nuevas generaciones de jóvenes blancos —con sus excepciones, naturalmente— toman una actitud muy distinta ante la cuestión de la que tomaron sus abuelos. Y especialmente los intelectuales o, por mejor decir, los universitarios del Norte. He aquí uno de los aspectos donde mejor se percibe el paso de Kennedy por la Administración del país. El joven universitario norteamericano no sólo se aviene a la integración racial, sino que la aplaude; y no sólo la aplaude, sino que la predica; y no sólo la predica, sino que, en ocasiones, accede al martirio por esta causa.»

Delibes ha captado una situación que hoy ocupa la primera página de los periódicos: el acceso a la violencia, cuando los negros se han cansado de pedir pacíficamente. Y, antes, dio en la raíz del problema no sólo cuando se refiere a la piel, sino cuando apunta a realidades sociales y económicas:

«El blanco pobre ve la llegada del negro con horror. El negro viene a ofrecer sus manos por menos, esto es, a establecer una competencia desastrosa para el trabajador blanco. De ahí también la resistencia de los sindicatos, su oposición tenaz al negro.»

¿Cuál es la situación real de un país que da lugar a que alguien se ofrezca a trabajar por la comida?

Los párrafos reproducidos dan muestra de cuánto el libro de Delibes comporta de visión e interpretación, y da datos concretos de una realidad evidente. El lector podrá apreciar que junto al buen decir tradicional de Delibes, a la visión literaria, está la concreción periodística.

No vamos a descubrir las cualidades narrativas de Miguel Delibes, uno de los novelistas más conocidos del actual momento literario nacional, pero no estorba decir otra vez que se trata de uno de los escritores que mejor manejan el idioma castellano. Todas las dotes de Delibes se vierten en «USA y yo», libro de viajes que cuenta con el singular valor de no querer reducirse a una relación de presencias y visiones, sino que muestra la propia personalidad del autor contrastada ante hechos que de un lado difieren de la realidad próxima de Delibes, y por otro han adquirido trascendencia universal.

Delibes, escritor castellano, no elude la alusión a su propio país. Por ejemplo, cuando habla de la libertad en sentido norteamericano —que es un sentido especial, cada día más— se refiere a una circunstancia española: «No seamos patrioterros ni ingenuos. Las cafeterías, los pantalones vaqueros, los árboles de Navidad y la goma de mascar, tan rápidamente aclimatados en nuestro país, demuestran que no somos tan inmunes a las influencias como pretendemos; que es, ante todo, el aislamiento —forzado o no— el que ha preservado hasta hoy nuestra individualidad. Una ventolera de turismo ha bastado para desenmascarnos, para que el mimetismo más vulgar o irrisorio nos invada.»

«USA y yo», de Miguel Delibes, es un libro interesante, muy bien escrito, que viene a unirse a la ya amplia obra del novelista con inquietudes viajeras, que ofrece algunos aspectos del variopinto país que es Estados Unidos, y que una vez más evidencia la calidad narrativa de Miguel Delibes, pero que, sobre todo, señala que Delibes es periodista que en todo momento condiciona su visión a su oficio, por lo que el lector cuenta con doble ganancia: la calidad del escritor y la perspicacia del periodista.

Miguel Delibes: USA Y YO. Ediciones Destino, Barcelona, 1966.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

LA LIBERTAD RELIGIOSA

DE un modo especialmente sincero y claro, monseñor Juan Hervás explica el contenido y los extremos de la Declaración conciliar sobre la libertad religiosa.

Su pequeño libro no pretende investigar ni profundizar en el tema libertad en ninguna de sus vertientes ni tampoco dar posibles soluciones prácticas y concretas derivadas de la aplicación de la libertad religiosa; lo único que pretende —y consigue con estupenda sencillez— es explicar y hacer más comprensibles al fiel corriente los puntos principales —prácticamente todos— de esta Declaración conciliar.

De un modo sistemático y, a la vez, pedagógico, monseñor Hervás introduce al lector con una breve historia sobre el momento en que —oportunamente— se preparó y apareció esta novísima Declaración; a la vez que explica el método a seguir en su breve libro.

Su obra se estructura, en primer lugar, en una génesis de esta doctrina conciliar sobre la libertad: saliendo al paso de falsas interpretaciones —periodísticas o de grupo— sobre la —nada más falso— remora y prevención de los padres a dar un place a la libertad. Subraya la importancia de este documento: sobre todo en esta circunstancia histórica. Aclara largamente el término libertad religiosa, su tradición, su novedad, su contenido, su origen natural, su aplicación forma-jurídica, etc.: uno de los capítulos más importantes y acabados.

En capítulos siguientes formula el derecho de toda persona, por serlo, a la libertad religiosa; la intervención o el papel que juega el magisterio de la Iglesia-jerárquica en el progreso e inflexión recta de esta doctrina y su raiambrere teológica; es importantísimo el planteamiento: libertad religiosa y autoridad civil, con sus implicaciones y concreciones en torno al bien común y el orden público: importantísimo, repito, porque aquí, en lo civil y en lo social, es donde se va a vivir y ejercer ese derecho natural —basado en la dignidad de la persona humana— de libertad o no.

¿La autoridad? La autoridad civil: otro concepto y otra realidad claramente expresada, y remarcada su importancia decisiva en el favorecimiento de esta libertad. Junto a eso, distingue, como lo han hecho los papas, sociedad y Estado, al paso que puntualiza el problema de la confesionalidad de éste.

Tras una breve aplicación de la Declaración de España, precisa el sentido de proselitismo, es decir, la acción externa de esa libertad y convencimiento religioso interior, dentro del bien común, o mejor, del orden público.

Termina con una real y sobrenatural confianza en el bien que esta Declaración conciliar producirá en el mundo, supuesta la buena voluntad y el respeto —la dignidad— de las personas individuales.

Como es lógico, reproduce el texto conciliar de la Declaración sobre la libertad religiosa, y otros textos más o menos a ella relativos.

En definitiva, es éste un libro recomendabilísimo a toda persona —católica o no— por su objetiva claridad, su precisión de ideas y su fidelidad a la mente de la Iglesia jerárquica: al Papa Pablo VI, sucesor de Pedro, y, por supuesto, por su fidelidad a la dignidad del hombre como tal.

PEDRO ANTONIO URBINA

«La libertad religiosa», de monseñor Juan Hervás. Ediciones «Palabra, S. A.», en su colección «Cuadernos Palabra».

UN CAMINO LLEGA A LA CUMBRE

NOVELA DE LIBERATA MASOLIVER

POR ahora cumple el año en que nos ocupábamos en estas columnas de «Nieve y alquitrán», una novela que su autora, la novelista catalana Liberata Masoliver, presentó al «Premio Ateneo 1963», de Valladolid, y con la que llegó a la última votación.

Nos parecía entonces que en Liberata Masoliver —Premio «Elisenda de Montcada» y con unos cuantos títulos en su lista de producción que llevan a su derecha el adjetivo «agotada»— hay una novelista de vocación y entusiasmo, y, en efecto, una novela larga nos ratifica en dicha apreciación.

La nueva producción narrativa de Liberata (que ya tiene en preparación otra novela, «La retirada») confirma las dotes de excelente observadora y la fina sensibilidad para captar una brava naturaleza que unánimemente ha reconocido a esta escritora la crítica, así como su aguda penetración psicológica para ofrecernos unos personajes humanos y llenos de vida, en un tema de honor conyugal; pero con muy especiales características, que sirve a la vez para ofrecernos el prototipo de la mujer catalana tan entera de carácter como leal a un amor: hasta que se ve correspondida.

Valentina y Antonio, los dos personajes, a ratos antagónicos por la firmeza de su carácter y su acusada personalidad, y casi siempre acor-

dados y parejos protagonistas, son el eje, cada uno del otro y los dos del resto de los que intervienen en el relato; en torno del cual se va tejiendo toda la acción, que nos brinda tanta claridad y lógica como creciente y bien graduado interés en la trama.

Son figuras admirablemente trazadas, además de esas dos, la abuela María de las Velas, José Ramón, Josefina, Fael. Pero también la «Baila» y la «Alcaldesa» y Francisco y otros vergonzosos y desvergonzados tipos, están retratados de cuerpo y de alma enteros. ¡Ah!, pero sin excederse en el realismo expresivo. Hay situaciones escabrosas, ásperas; pero siempre presentadas con discreción y prudencia. Y es que Liberata prefiere la sobriedad y la concisión en el discurso.

Liberata utiliza los elementos lingüísticos con dominio y soltura plenos pero sobriamente, logrando páginas de una humanidad y una emoción realmente magníficas, sin que para ello necesite salir de los modos tradicionales en nuestra novela costumbrista ni emplear otro lenguaje que el corriente en el medio en que se desarrolla la acción, cuyo espíritu fija y concreta utilizando muy parcamente los vulgarismos para una más exacta ambientación y caracterización cultural de los numerosos personajes que nos ofrecen, con sus vidas, y con el reflejo de la naturaleza en que se mueven, la vida palpita-

tante de las aldeas y las masías catalanas.

Las conversaciones de Valentina —un alma de arraigada y sencilla fe— en la ermita, con la Virgen de las Velas —su consuelo, su consejera, su estímulo para no desfallecer en el abrupto camino que sigue, su vida y su esperanza—, son de una ternura y de una sinceridad encantadoras y emocionantes.

Liberata, sin duda, siente profundamente el paisaje y sabe comunicar ese sentimiento de la naturaleza, mejor cuanto más agreste y rústica.

La trama está urdida y desarrollada para captar con las mejores artes la atención y el interés del lector que, prendidos, sobre todo, en Valentina y Antonio, no deja de seguir las dramáticas, angustiosas y humanísimas peripecias de sus vidas hasta que ella triunfa y sus vidas se funden.

Naturalmente que el lector de esta novela ha de ser de mente madura y amplia experiencia de la vida, si bien una nota que precede al relato advierte —con evidente ironía— que Liberata Masoliver la escribió, como todas sus obras, para esos lectores aludidos y para los jóvenes lectores que acostumbran a leer lo que no les está destinado.

Esta novela —de 282 páginas de doce y medio por dieciocho y medio cm.— ha sido publicada por Editorial Península, de Barcelona, este mismo año.—L. P.

LIBROS QUE NACEN

● Ediciones Rialp han convocado el Premio «Adonais» de Poesía, para poetas españoles e hispanoamericanos. Las bases son: Podrán concurrir los poetas que no hayan obtenido este premio en años anteriores. La cuantía del premio es de 15.000 pesetas y habrá dos accesits de 1.000 pesetas cada uno, los libros serán inéditos y cada poeta presentará un original solamente, con un volumen que corresponda aproximadamente a los de la Colección «Adonais», que es un máximo de 100 páginas en octavo. Los originales se presentarán por duplicado, escritos a máquina y llevarán el nombre y domicilio del autor. Deberán ser enviados antes del 15 de octubre del director de la Colección «Adonais» (Ediciones Rialp, Preciados, 44. Madrid-13) con el rótulo de «Para el Premio Adonais de Poesía».

● Los libros de mayor venta durante el mes de junio de 1966, son los siguientes: «Sagrada Biblia» (de varias editoriales); «Los libertadores USA», de Carlos María Idigoras (Editorial Arayán); «Concilio Vaticano II. Documentos Conciliares» (Editorial Católica); «Nuevo Testamento» (Editorial Católica); «Tierra encimada», de Alfonso Ventura (Editorial Terra); «El buen salvaje», de E. Caballero Calderón (Ediciones Destino); «Las corrupciones», de Jesús Torbado (Ediciones Alfaguara); «¿Arde París?», de Dominique Lapiere (Editorial Plaza y Janés); «Los curas comunistas», de Martín Vigil (Editorial Richad Grandio); y «El Don apacible», de Mikhail A. Sholovov (Editoriales Plaza-Janés y Planeta).

● Las Ediciones Alfaguara han publicado tres libros madrileños de Camilo José Cela, de la Real Academia Española. Uno de ellos es un «Madrid», en el que el académico recoge en esta mpa la más fina interpretación de esta ciudad, con ilustraciones a todo color de Juan Esplandiú. Los otros son los tomos tercero y cuarto de las «Nuevas escenas madrilenas», que llevan como ilustraciones excelentes fotografías de Enrique Palazuelo.

● Francisco Alvaro, periodista y escritor, continúa publicando su serie, «El espectador y la crítica». Se refiere al año 1965, del que hace una revisión en breves ensayos, crónicas e interviús.

● En Ediciones Destino ha aparecido una nueva edición de «Anzuelos para la lubina», novela en que Manuel Arce hace hablar y hablar a dos mujeres sobre el borde de unos acantilados de la costa, de sus respectivos fracasos, mientras un muchacho, Miguelito, echa anzuelos al mar dentro de una cajita para no pescar a la lubina amiga. La misma casa ha publicado el teatro de Gilbert Cesbron, con dos obras: «Son las doce, doctor Schweitzer» y «Romper la estatua».



tertulia literaria



U. S. A. Y MIGUEL DELIBES

Reconozcamos que «USA y yo», de Miguel Delibes, es un libro que descubre no pocos telones importantes que tapaban infinidad de realidades en orden a la vida de los Estados Unidos. El escritor no se limita a transmitir lo que ha visto, lo cual ya de por sí sería estimable, sino que con reconocida habilidad profundiza en el detalle para obtener valiosas consecuencias y apreciaciones. Las apreciaciones de Delibes —algunas verdaderamente geniales y hasta metafísicas— son las que desde mi punto de vista revalorizan más el sentido de esta narración que ya calificamos de excelente.

Miguel Delibes no escribe un libro más sobre los Estados Unidos de América, que es lo que generalmente hacen para salir del paso la mayoría de los escritores que visitan aquel país de máquinas y motores. Miguel Delibes no se limita a salir del paso, sino que se enfrenta valientemente con los problemas más trascendentes de los Estados Unidos y, como quien no quiere la cosa, consigue unas conclusiones de gran fuerza humana, se compromete incluso, se pronuncia sin apasionamientos desmesurados y destruye inteligentemente el tópico cuando el tópico que nos llega de América pide destrucción. Coloca Delibes el vulgar lugar común en el sitio que le corresponde. Acude a la Historia y a la comparación: Europa y el Nuevo Continente; el brasero y la nevera; las abuelas españolas y los viejos de Norteamérica. Por cierto, el capítulo dedicado a los viejos es verdaderamente elocuente, denunciador, grande en conceptos, enternecedor, bellísimo. Para meditar en él y sobre él. Como el de los niños, el de los divorcios, el de la religiosidad, el de la enfermedad, el de los miedos, el de las universidades. Todos los capítulos de la obra están repletos de interés, de datos, de

motivos de la mejor calidad. Citemos alguna frase del libro: «El americano, como individuo, no está transcendido de una sensibilidad comunitaria, ni le impulsan los móviles afectivos». «Decididamente éste es un pueblo a quien la sola mención de la muerte no le es grata». «... una familia media americana, que vive al día, con el trabajo de los dos cónyuges, entrega cada año a su parroquia entre 300 y 1.000 dólares, es decir, entre 18.000 y 60.000 pesetas». «Pero entiendo que lo peor del divorcio no es el divorcio en sí, sino el saberlo siempre a mano, la conciencia, en una palabra, de que el matrimonio no es un paso decisivo».

Miguel Delibes acierta, pone el dedo en las llagas, y nos dice mucho en esta obra escrita admirablemente, con una deliciosa claridad, sin temores ni fervores ingenuos. Los temas que, agrupados, constituyen esta narración no pueden estar mejor elegidos. De tal manera que, prácticamente, se examina por el destacado escritor casi todo el fundamento de USA en orden a la vida y a sus diversas consecuencias. Conceptos exactos y rigurosos en el libro. Exposición de notables impresiones hijas de la más aguda observación. Ironía a tiempo. Calificativos apropiados. Anécdotas y circunstancias amenísimas. La obra, pues, goza de un privilegiado equilibrio literario.

Tal vez Miguel Delibes abusa demasiado de la palabra «uno». «Uno ha solicitado...» «Uno no coincide...» «Uno tiene otra preocupación...» Y esta reiteración resta grandeza y estilo a la obra. Nada más que a base de afinar mucho en la crítica consigno este hecho. Miguel Delibes dispone de sobrada personalidad para sustituir la palabra «uno» por la palabra «yo». Máxime en la presente ocasión en la que el escritor titula su admirable libro «USA y yo».

José Luis MARTÍN ABRIL



NORTEAMERICA A TRAVES DE UN NOVELISTA

Miguel Delibes en sus últimos libros ha dedicado una proporción creciente a los relatos de viajes a distintos países y comarcas extranjeras. Imagino que el núcleo principal de estos libros habrán sido crónicas o artículos publicados o al menos redactados, en parte, desde la nación o ciudad a que se refieren, pero lo cierto es que el novelista de cuerpo entero que es el autor logra inmediatamente dar una sensación de trabazón o de unidad fundamentales. En el libro que comentamos, Miguel Delibes nos coloca delante de sus impresiones de viaje por los Estados Unidos de América.

Con ello ya son tres, que recordemos, los libros viajeros del autor, que obvio es decirlo, ha logrado en ellos una soltura y facilidad tanto de enfoque como de forma que hacen de ellos obras muy logradas y amenas, tanto en la exposición de los variados paisajes que describen cuanto —como no puede ser por menos— de la personalidad del autor en los que aquéllos se reflejan. Este, que versa sobre Norteamérica conocida por Delibes a través de su viaje; no parece que se extienda sino a la porción oriental de los Estados Unidos, al complejo resultante de la contemplación y vivencia de Nueva York y Washington mas los problemas genéricos de la nación vistos desde tales observatorios, pero es mas que suficiente para destilar interés a través del que ofrece el tema, no obstante sus continuos tratamientos desde éste o el otro ángulo por muy diversos autores (la descripción de Estados Unidos ha heredado el «glamour» que tuvo muchos años la de Inglaterra por la atracción que ofrecen las naciones que ocupan puestos directivos) y por otra parte la personalidad narrativa del autor, que se hace patente en todo momento.

Hay en materia de viajes dos tipos de libro que tientan al escritor narrativo o al ensayista, que ve en ellos no sólo un derivativo a una expresión monocorde en el género —la narración, el ensayo—, sino una posibilidad de expresarse a través de un medio que no precisa de grandes esfuerzos imaginativos, sino de observación, precisión y oficio. Hay quien prefiere suplir la ausencia de imaginación con la presencia de lo desconocido o exótico, hay, por el contrario, quien prefiere una impresión personal sobre paisajes archiconocidos, sobre problemas cien veces abordados. Tenemos para ejemplo de lo primero, los libros de Huxley sobre Centroamérica o Birmania, países que están «al lado» de las grandes atracciones; o los de Graham Greene sobre Liberia en sus selvas o bien sobre los Estados meridionales de Méjico, que no se sabe si es un subproducto o el cañonazo original del que salió «El poder y la gloria» en la narrativa. El propósito de Delibes se orienta hacia la segunda vertiente. Así como en el caso antes reseñado el escritor representa la universalidad y lo visitado lo extravagante, raro o exótico en el otro caso, al que pertenece sin duda alguna el libro «USA y yo», la universalidad pertenece a lo visitado y, en cambio, la posición ajena y extravagante a ella la da la situación del autor, que es siempre «un español» en Europa, en Norteamérica, etc.

Delibes es, pues, un español que viaja y que refiere insensible o sensiblemente sus impresiones a esta posición previa y presente en todo el curso del libro. Los Estados Unidos de América son así mientras que el español es de la otra manera. El juego

de las referencias y las distancias opera continuamente dentro de una posición a la que hay que hacer alusión. El autor es decididamente «partidario», y su forma de adhesión, condicionada con todo a muchas atenuaciones, brota de situarse en la contradicción de un «error común» a lo Feijoo, de una afirmación o un prejuicio previo por regla general peyorativo. El mecanismo mental y expositivo es más o menos el siguiente: los Estados Unidos o la idea que se tiene —un español cualquiera, porque lo español no se pierde de vista— de los Estados Unidos es, por ejemplo, de que es un pueblo materialista en esto o es rapaz en esto otro. Pues bien, la realidad es distinta, según se demuestra de esta y de la otra manera basadas en impresiones vividas y una realidad que sin ser una biografía da una idea conjunta bastante satisfactoria de la democracia americana y las formas de vida que ha producido.

Sobre los Estados Unidos más que sobre cualquier otra nación caben mil y mil interpretaciones. Tiene la nación los supuestos necesarios para ello, su magnitud y complejidad, por un lado, y su accesibilidad, por otro, hija de la publicidad a que todos sus relieves están sometidos. No hay en la nación estadounidense reductos claustros o herméticos, al parecer, que el viajero no pueda, por breve o limitada a aspectos concretos que sea su estancia, penetrar o adquirir una información suficiente. Esto no falla aquí, aunque en este caso la impresión dominante que da el libro de Delibes es que la realidad americana ha ido a ajustarse a la imagen previa que tenía el autor, confirmándola en su mayoría. No hay descubrimientos, pues, sino confirmaciones, ya que Delibes no suele constreñirse a la escala personal de sus descubrimientos, sino que entra en la nacional a cada paso. Quizá la característica principal de «USA y yo» esté en el carácter social, colectivo, que revela y que por tanto, no ha hecho sino apisonar sobre el terreno un volumen de informaciones previas.

Delibes ha adoptado por un procedimiento muy español, y honestamente lo advierte en la ostensible presencia del pronombre personal, en la que el yo es tan fuerte al menos como los Estados Unidos de América. Por otra parte, ¿qué es Delibes?, ¿a qué estamento pertenece aparte de ser castellano viejo? Al de los escritores españoles del tiempo actual, que constituyen su circunstancia. Naturalmente, ello trasciende en el libro, en sus encuadres, en sus opiniones, en sus seguridades. La visión más cercana a Delibes será en Estados Unidos la de un graduado en Harvard, lector del «New York Times» y vagamente encasillado en el greno de las «cabezas de huevo» y por supuesto kennediano. Delibes, que se confiesa de sensibilidad campesina, «hombre habituado a los amplios, inacabables horizontes de Castilla», no ha visto campo ni horizontes no menos infinitos (o quizá más) en el Middle West, en Idaho o en South Dakota. Y, claro, ha hecho el libro de un novelista ciudadano, acabando en libro lo que empezó en libro y vivió en asfalto y céspedes de ciudad. Es un libro algo superficial y dogmático, muy español, en suma. Y por supuesto escrito con la gracia y garbo descriptivo y de estilo que Delibes posee hasta la saciedad, si la saciedad cupiera en ello.

A. VALENCIA


USA Y YO.—Miguel Delibes.—Ediciones Destino.



6-VIII-66

Gracias por la inspiración. Miguelín. F. J.

hoy firma
F. J. MARTIN
ABRIL


Glorieta

HACERLO NOSOTROS

En la actualidad, porque la vida va cambiando, muchas pequeñas cosas que antes se nos daban hechas, tenemos que hacerlas nosotros. A no ser que se nos den hechas por las máquinas. Pero por ahora me parece a mí que es difícil que las máquinas vayan por nosotros al Banco, nos lleven el impreso que cada día tenemos que presentar en un sitio, recojan el paquete de libros que nos manda el editor, nos compren sellos, tabaco y cerillas.

—Hombre, para eso están los botones.

—Estaban, mi amigo, estaban.

He aquí un oficio a extinguir, si no extinguido del todo. Encontrar un chico para recados es prácticamente imposible. Hay, sí, excepciones. Pero lo que no podemos es pedir peras al olmo, pretender que por dos cuartos, como quien dice, un muchacho esté a nuestra disposición para la realización de estas pequeñas faenas.

¿Que dónde están los chicos de los recados a la vieja usanza? Estudiando, aprendiendo bien un oficio, adiestrándose en una escuela profesional. Lo cual a mí me parece perfectamente bien. ¿Han observado ustedes que ya no hay chicos para llevar maletas en las estaciones? A Dios gracias, están mejor empleados. ¿Que qué vamos a hacer con la maleta? Cargar nosotros con ella. No nos va a pasar nada. No se va a hundir el mundo.

Tenemos que irnos acostumbrado a este cambio de mentalidad. Iba a decir de "estructuras mentales", pero la frase me ha parecido un tanto excesiva y dogmática.

Antes decíamos: "Que me traigan..." Ahora vamos a tener que traérnoslo nosotros. Sí, sí, con nuestras manos. A no ser que la sociedad se organice de otro modo, sobre una base de dignidad económica para todo el mundo. Hablo desde la mo-

destia de mi trabajo. Un escritor es un trabajador independiente, por cuenta propia, que no puede permitirse el lujo de disponer de secretario, de mecanógrafa, de botones. Hemos de ser los secretarios, los mecanógrafos y los botones de nosotros mismos.

En uno de los capítulos del libro de Miguel Delibes "U. S. A. y yo", un libro sencillamente magistral, se dice que los americanos del Norte han logrado ser poderosos, entre otras razones, "porque desde el primer emigrante hasta el último trabajador de hoy se han sentido libres del prejuicio de que "se les caigan los anillos". En la Universidad de Maryland, por ejemplo, no hay bedeles. "Tal profesión, habiendo otras profesiones en las que encajar el esfuerzo de estos hombres, más rentables para ellos y más eficaces para la comunidad, realmente no tiene sentido". Y sigue razonando nuestro amigo: "Así resulta que para dar la hora, llevar un vaso al conferenciante o la toga al profesor, no hace falta, en realidad, media docena de hombres. El profesor tiene reloj y tiene manos, luego puede darse la hora a sí mismo y llevarse la toga donde haga falta sin que por ello se menoscabe su dignidad."

Es una lección que debemos ir aprendiendo. En este momento, sólo yo en la casa, acabo de servirme un refresco. Luego, tendré que limpiar un poco la máquina de escribir. Y echarme a la calle para comprar unas cuartillas, unos cigarrillos, unos sellos. Y hasta frotaré con la bayeta de rigor el guardabrisas de mi pequeño coche. Pienso además que estos trabajos manuales sirven para compensar mi "funesta manía de pensar" y mi oficio de escribir.

F. J. Martín Abril

¿Qué te parece, Miguel?
Un poco entra en imprenta le sacara próxima

MD

ARRIBA.—Miércoles 17 de agosto de 1966

¿y lo tuyo? ¿de piñe wata?

UN SILOGISMO SOBRE NORTEAMERICA

Por Juan APARICIO

Dentro de la inmensidad norteamericana, cada escritor o periodista que viene de fuera o la comenta y describe desde su observatorio nacional, procura incluir en los Estados Unidos la imagen que sobre aquel mastodonte, apriorísticamente, lleva consigo. Sin proponérselo de una manera reflexiva, su conducta parece contagiada de la táctica propagandística americana y de su promoción de consumo, persuadiendo a los demás de que son suyas unas infiltradas motivaciones previas. Cuando don José Pla hizo su viaje, tan obligatorio como ir a la Meca, sólo percibió en USA el rastro, dichosísimo y evaporado en Europa, del novecientos, porque Pla es un nostálgico de una quimérica «belle époque».

Cuando Julio Camba, Edgard Neville y Federico García Lorca estuvieron allí, al redactar sus sendos libros y poemas, nos contaron sus prejuicios, así como este burgalés de choque que es Carlos María Ydigoras, acaba de publicar una obra cívica y campeadora contra los yanquis. Con opuesta intención el vallisoletano Miguel Delibes ha sacado el título pretencioso de «USA y yo» para agradecer la hospitalidad oficial de los americanos, que invitan con largueza, pero yendo al viaje con una prefabricada admiración kennedyana y emergente en el señorito liberal de Valladolid hacia el señorito liberal y multimillonario de Boston.

José Ramón Alonso, asimismo invitado, sin embargo se zafó de los clichés convencionales y de las zalemas del huésped, afirmando una indeclinable, indeleble e irreversible hispanidad en el macrocosmos de Norteamérica. Su clave hispánica va a ser la llave que ha de abrir un par de enigmas de este imperio mundial, al que algunos, esclavos de sus premisas ideológicas, acusan de un militarismo reciente, mientras que otros le recetan para sus perturbaciones endémicas o esporádicas la panacea socialista. Aquéllos olvidan que la Nueva Inglaterra fue colonizada por los soldados de Cronwell a la vuelta de los Estuardos, traspasando el Océano la dictadura militar del protector y transmitiéndola a la nueva nación en armas, con muchas armas, que fue siempre agresiva y militarizada, como Roma, donde hasta los banqueros eran generales.

Los segundos tampoco tienen en cuenta cuanto ya reveló el conde Hermann Keyserling en su análisis espectral del país gigantesco, en riqueza y miseria, siendo un baluarte del socialismo, según sus argumentos irrefutables, e igualmente defendidos, desde otros puntos de vista, por el libro de Rodrigo Royo, «USA: El paraíso del proletariado», y por el periodista italiano Luigi Barzini junior, quien habiéndose educado en Norteamérica y visitándola con frecuencia, dedujo que era certísima la profecía de Carlos Marx acerca de que el comunismo sólo puede organizarse en los pueblos prósperos y civilizados, mientras que en los paí-

ses atrasados e incultos el comunismo sólo puede ser una sangrienta y confusa mascarada.

Entre las crónicas y libros de Manuel Blanco Tobío respecto a la supernación en la que ha vivido una década e informado profunda y minuciosamente se destaca hasta en el rótulo su «USA o Patología de la Prosperidad», donde se adelantó en sus previsiones a las noticias que invaden ahora con letras capitales las páginas escandalosas de los periódicos. Desde la delincuencia juvenil o J. D., al intermitente conflicto del acero y desde la conflagración racial a la «beat generation», intoxicada por las drogas y los cánticos libertarios y pacifistas, e insensible u hostil a la guerra del Vietnam, secuela del poderío bélico, financiero y tecnológico, arrebatado a los europeos, y que le impone deberes y servidumbres, como contrapartida de las grandezas hegemónicas.

Toda prosperidad se corrompe, porque exige una tensión del alma al nivel de los records materiales, y aunque los americanos primitivos fueron pioneros, empuñando fusil y Biblia, y los emigrantes se moldearon en esa escuela de ascética y violenta competencia, las escasas mujeres del principio ejercieron un matriarcado de haren, no obstante su feminismo, y mimaron demasiado a sus criaturas, de las que salieron el asesino de Kennedy y el homicida múltiple de la Universidad de Austin, al quedarse viudas o divorciadas. En tanto no se demuestre lo contrario o se ponga un difícilísimo coto, todos los Estados Unidos se drogan y el opio popular no es la opulencia de su sociedad, a base de electrodomésticos y automóviles, sino el auténtico sucedáneo del opio, desgranado por la química farmacéutica en fármacos, excitantes y relajantes, sedativos y alucinatorios.

Sin embargo, y a pesar de sus tropas entrenadas y de su armamento guerrero, el único estímulo vital en esta jungla de la abundancia, procede de la sangre española, de la raigambre hispánica, perseguida por José Ramón Alonso con una paciencia de arqueólogo. La enfermera superviviente de la sarracina de Chicago, la filipina Corazón Amurao, que habla español, ha confesado que sólo sus compatriotas propusieron una resistencia corporal al energúmeno, ya que todas eran atléticas; pero que las muchachas americanas prefirieron una contemporización y la entrega pasiva.

Se llama Ramón Martínez el policía tejanero que hizo cara a Charles Whitman y acabó con su rabia aniquiladora, rematando a este espécimen del niño mimado, del «marine» y del estudiante, cuyos «campus» universitarios invaden el L. S. D. 25. Acaso los negros que piden el Poder y se segregan de los liberales blancos se comportan así, porque son negros y sus raíces energéticas e indomables se hallan en la insu-misa Africa. Muy lejos llega este silogis-

mo, pero quién sabe si es plausible y tiene razón otro silogismo encadenado por Bertrand Russell en «Freedom and Organization». Según el nonagenario inglés, si Enrique VIII no se hubiese enamorado de Ana Bolena, los Estados Unidos no existirían; ya que, a causa de aquel capricho, Inglaterra rompió con el Papado y no reconoció el reparto de las Américas hecho por el Papa a España y Portugal. Por consiguiente, si Inglaterra hubiera permanecido católica, es probable que la Norteamérica de ahora formaría parte de la América Española.

Juan Aparicio 1966

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

AL MARGEN DE LOS LIBROS

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

DELIBES, Miguel: "U. S. A. y yo".
Barcelona. Ediciones Destino.
1966. 240 págs. Con láminas. Te-
la. S. p. m.

Estimo que deben ser reunidos en tres grupos los escritores que publican sus impresiones de viaje por el Extranjero. Los que se limitan a describir, con el mejor arte posible, cuanto ven. Los que describen y enjuician. Y los que prefieren sólo interpretar el cuerpo y el alma de los países visitados. Los primeros, si además son literatos con vetas líricas y estéticas, me parecen tan inofensivos como seductores. Los segundos me dan la impresión de estar realizando juegos malabares con objetos de muy distinto peso lanzados al aire; juegos en los que la destreza falla no pocas veces y la malicia se pasa de rosca. Los terceros, ¡la verdad!, me originan recelos y me ponen la mosca en la oreja; aun cuando sean extraordinarios literatos. Porque, creo, la pretensión de conocer "a fondo" un país extraño por el que se ha viajado un mes, dos, seis, me parece hartamente temeraria. Confieso que he sonreído con solapa muchas veces leyendo las impresiones de viaje de algunos muy notables escritores; quienes, en un mes o poco más, han "descubierto" el auténtico espíritu del Japón, de China, de Egipto, de la India, del Irak, y hasta se creen capaces de resolver sus principales problemas y de exponer la causa de cada uno de ellos.

Encantadores son los libros que, describiendo e interpretando a España, publicaron aquellos extraordinarios franceses que fueron Próspero Mérimée, Teófilo Gautier y Alejandro Dumas padre. Los cuales supieron ver con arte supremo la epidermis de España. Pero cuantas veces intentaron interpretar su diosinocracia y su alma..., ¡son de leer y de reír las boberías, incongruencias, falsedades, chascos, injusticias y vulgaridades que se les ocurrieron, y escritas con un énfasis de cátedra! Repito que "me escaman" esos escritores que viajando por país extranjero creen ir hallando, gracias a su agudeza, los secretos más reservados, las raíces más nutricias. Miguel Delibes, excelente novelista, realizó un viaje por los Estados Unidos en fecha reciente, llevando muy alerta los ojos y entendederas. Ignoro el tiempo que duró su viaje, que supongo no largo. Para conocer "muy de primera mano" un país como los U. S. A., yo pienso que son necesarios seis u ocho años de perseverante estudio y de observación ininterrumpida y sutil. Tengo idea de haber leído algunos de los capítulos de este libro de Delibes en la revista barcelonesa "Destino". Delibes no describe en su obra viajera paisajes rústicos y urbanos—aparte los "ramalazos" de Nueva York y Washington—, ni museos, ni festejos costumbristas. Se lanza resuelto y audaz al peligro tremendo de interpretar leyes, instituciones, educación, religiones, política, etc. Lo cual quiere decir que el libro de Delibes es de aquellos que "me escaman" y en cuyos asertos me libraré mucho de poner la llamada fe "a pie juntillas". Aun reconociendo el talento de Delibes. Aun teniendo presente sus modestas declaraciones en la nota prelimi-

nar: "Resumiendo: estos Estados Unidos son "mis" Estados Unidos... Yo no me atrevo a decir que sean así, sino que así los he visto o así me han parecido, con lo que vengo a reconocer que el día en que se me demuestre lo contrario de lo que afirmo—sea para bien, sea para mal—se me encontrará siempre dispuesto a una revisión, y si se tercia, a una rectificación."

Muy de elogiar esta modestia. Mas si la interpretación de Delibes no se ajusta a la verdad, o es una interpretación puramente subjetiva, ¿para qué la quiero, o de qué me sirve, por muy bien escrita que esté, que sí lo está? Por el contrario, me seduce leer cuanto Delibes ha puesto en su libro, "que no es interpretación, sino impresión": su presencia en el barco, su llegada a Nueva York, los prodigios de la luz y del color en los U. S. A., su apreciación de Washington—bella obra del arquitecto francés Pierre l'Enfant—, su visita a la Bowery Street (la calle sin esperanza), donde se refugian los degradados por el alcohol, los estupefacientes, y el delito hasta tal punto, que su redención parece imposible...

Aun respetando el parecer de Miguel Delibes, no podemos compartir, por no darlas validez, algunas de sus apreciaciones: el miedo terrible a la muerte de la generalidad de los norteamericanos (que es el mismo miedo de la generalidad de los mortales en cualquier geografía); las causas y los efectos del divorcio en la sociedad norteamericana (que son idénticos a los que se presentan en cuantos países europeos admiten el divorcio); los profundos temores del norteamericano al fuego, a la enfermedad, al caminar a solas en la noche (que son temores idénticos inclusive a los sentidos por los vecinos de Valladolid). Es decir, que a muchos lectores de "U. S. A. y yo" les asombrará que Delibes se haya asombrado de algunas cosas que pasan en los Estados Unidos y que... pasan en todas partes. Esta posibilidad ya la tenía prevista Delibes al escribir: "Uno acepta, en suma, que el lector se sorprenda antes que por lo que al autor le ha sorprendido, por la sorpresa de éste." Sí; asombra al lector que a Delibes le sorprenda la emancipación del adolescente norteamericano, que... es la misma que la del adolescente europeo, o ya quizá más radical y violenta la de éste.

Por supuesto, mente tan lúcida y observación tan sagaz como las de Miguel Delibes ponen en su libro algunas agudísimas y certeras observaciones como ésta: "El niño norteamericano que concluye la escuela primaria sabe menos cosas que el niño español en su circunstancia, pero aunque sus ideas sean menos, son, sin discusión, mucho más claras." O como ésta: "La primera libertad del norteamericano es la libertad para observar cómo funciona la libertad." Claro está que ya, por experiencias múltiples, sabemos que esta libertad norteamericana tiene demasiadas restricciones. Posiblemente la libertad norteamericana consistirá en saber cómo funcionan estas restricciones de su libertad.

Como "U. S. A. y yo" es obra admirablemente escrita, muy amena y recamada de fino humor, a uno no le queda otra sentencia en justicia que recomendar su lectura a los mayores de dieciocho años con el suficiente sentido común para tomar partido en relación con cuanto leen.

LIBROS RECIBIDOS Y RECOMENDADOS:

HALSEN, Hans von: "Hallazgos en Roma". (Momentos estelares de la Arqueología.) Madrid. Taurus. Año 1966.

SOLER PUCHOL, Luis: "La Real, muy ilustre y primitivo Congregación de San Isidro Labrador de Naturales de Madrid". Madrid. Escelicer. 1966.

USLAR-PIETRI, Arturo: "Pasos y pasajeros". (Narraciones.) Madrid. Taurus. 1966.

ADORNO, Theodor W., y HORKHEIMER, Max: "Sociológica". Madrid. Taurus. 1966.

VICENTE, Gil: "Don Duardos" y "Autos". (Temas de España.) Madrid. Taurus. 1966.

ROUSSEAU, Juan Jacobo: "El contrato social". (Clásicos de la política.) Madrid. Taurus. 1966.

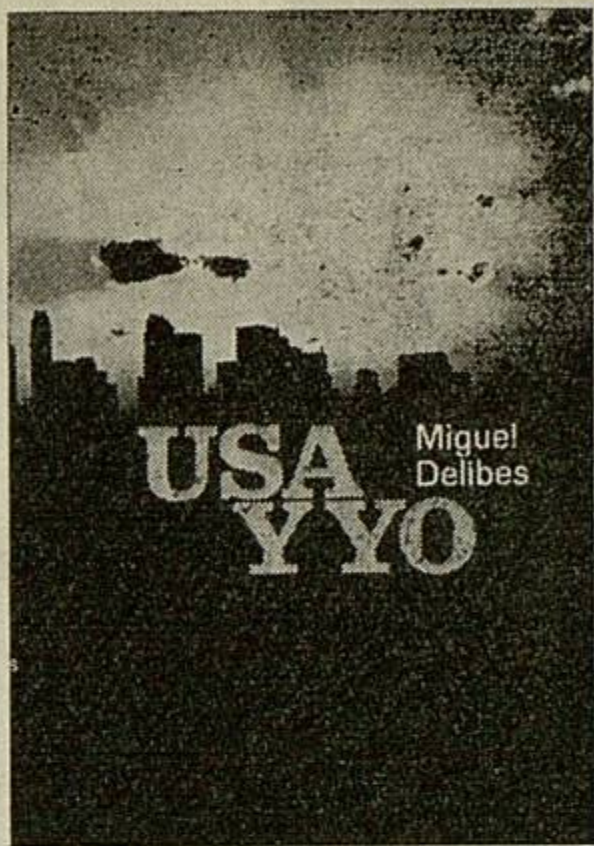
ANTOLOGIA DE ESCRITORES POLITICOS DEL SIGLO DE ORO. Madrid. Taurus. 1966.

AGUIRRE PRADO, Luis: "Conozca Madrid en seis días". Madrid. Pléyade. 1966. Con numerosas láminas en color.

VALENTE, José Angel: "La memoria y los signos". Madrid. Revista de Occidente. 1966.

MD
23 de Agosto 66

18



MIGUEL DELIBES: *USA y yo*. Ediciones Destino, 1966. 240 páginas. Ø14×21,5Ø. 250 ptas.

Miguel Delibes ya indica en la nota previa del libro: «Yo no me atrevo a decir que los Estados Unidos sean así, sino que así los he visto o así me han parecido». El autor castellano, con la mencionada confesión, deja bien aclarado de antemano que la obra puede resultar verdadera, fiel a la realidad, o errónea; pero siempre sincera. Diría que las visiones particulares como ésta son las que poseen más encanto, las que ofrecen más novedad. El título es muy aclaratorio: Miguel Delibes y USA, es decir, la mentalidad castellana de un escritor que pasea asombra-

27.8.1966

do, con no poca ironía, por los Estados Unidos.

Miguel Delibes comienza haciendo referencia a las delicias de atravesar el Atlántico en barco, sedante para todos aquellos que pasan la vida en constante movimiento y en lucha contra el tiempo. Pero, junto con las delicias, los inconvenientes clásicos, como el pendular del mar. El autor pasa a divisar Nueva York a vista de pez: «La estatua de la Libertad, oteada desde cubierta, da la impresión de más chica de lo que el viajero primerizo imagina»; «Es curiosa que mi primera evocación al divisar Nueva York desde el Hudson fuese la del escritor Ernest Hemingway. Que ¿por qué? Eso ya es más difícil de explicar, pero la ciudad me sugirió al hombre por su aspecto macizo, fuerte, musculado». A continuación nos habla de la abundancia en los Estados Unidos: «Esto de llegar para empezar diciendo que éste es un pueblo próspero no es muy original que digamos; no es descubrir ningún Mediterráneo. Los nuevos cronistas de Indias, en verdad, han de elegir, al arribar aquí, entre dos posibilidades: aceptar el tópico o rehusarle.» Miguel Delibes rechaza el tópico, pero, naturalmente, para poder referirse a USA en todos sus aspectos, se ve obligado a comentar lo que tantas veces se comenta. Pero su visión personal prevalece en todo momento: «El maquinismo, ¡vaya!, ha alcanzado aquí el tope, o lo que de momento nos parece el tope, porque no podemos imaginar nada que estas gentes no hayan inventado.» Destaca, con verdadero sentido del humor, que al preguntarse uno para qué sirven los pies en los Estados Unidos cuando hay tanto coche, la contestación es: «El derecho sirve para acelerar; el izquierdo para frenar. Solamente para eso. «¿Y el embrague?», dirán ustedes. Y uno responde: «Para el embrague no hacen falta pies en América, porque el cambio es automático.» Y más adelante: «En suma, la pierna tiene en Norteamérica una aplicación muy reducida. No es que sean miembros inútiles, pero sí un poco lo que es para los diestros la mano izquierda, o la derecha para los zurdos: una extremidad utilizable, pero inhábil e imprecisa.»

Opinión del autor es que las bases en las que se apoya el americano, porque su economía se lo exige, son: la prisa, lo grande, lo nuevo, lo automático y la serie. La protesta contra esto son las pequeñas casas o las residencias con jardines. También las tiendas o restaurantes están hechos a la medida del hombre. Nada de almacenes para todo, no de comedores descomunales, sino todo lo contrario. Pero ésta es una protesta nada más que para ricos, los demás han de vérselas como pueden. Miguel Delibes, que con cada nueva página nos conquista aún más, nos habla de los Estados Unidos como un continente sin polvo, lleno de color y luz como corresponde a un pueblo joven; del sentido práctico de sus habitantes, de la invasión de la publicidad, de la emancipación («El yanqui, en resumen, cuando se da, se da del todo, de una manera incondicional y absoluta, con un grado de generosidad superior a la de otros pueblos»), de los problemas que causa el divorcio socialmente, de los viejos («La vida americana está organizada para gente sana y fuerte. Los enfermos, al hospital; los muertos, al Funeral Home; los ancianos, al asilo. Esta es la triste realidad»), de lo bueno y lo malo de la cocina americana, de los miedos americanos (entre los que destaca el fuego y la insularidad), de cómo son los niños; de la educación de éstos, físicamente saneada sin que el alumno sienta el agobio de las cuatro paredes; de las Universidades, lugar de estudio y descanso; de las religiones, la mayoría católicos; del sentido de la libertad, de la pobreza («rara vez es la miseria») relativa, de la socialización de la abundancia, de la prosperidad del campo. El último capítulo, dedicado a cómo el yanqui se esfuerza en disfrazar la muerte para

que no le parezca tal, es realmente sobrecogedor.

No sé si esta USA de Miguel Delibes es la verdadera. Pero la USA de Miguel Delibes es un magnífico estudio personal, un libro que deleita y que hace a uno vivir lo que se narra

19
en él. En resumen, he realizado un extraordinario viaje de la mano de Miguel Delibes. Contiene unas fotografías de Maspons y Ubiña, de buena realización.



JUAN JOSE PLANS

antes desde Gijón; ahora desde ²⁰
su frente abrazo

JUAN JOSE PLANS MARTINEZ

JEFE DE INFORMACION DE "LA ESTAFETA LITERARIA"

Madrid 27. 8. 1966



FUNDACIÓN
MIGUEL
DELIBES

Miguel Delibes

PROA

Editado por Prensa y Radio del Movimiento.—Avenida del Generalísimo, 142 - MADRID



Director: Primitivo García Rodríguez
LEON, DOMINGO, 18 DE SEPTIEMBRE DE 1966
TELEFONOS: 211906 211907 211908 (centralita)



Dirección, Redacción, Administración y Talleres: Avda. de José Antonio, 1

Depósito legal: LE -6- 1958

AÑO XXXI - NUM. 9.858

Precio: 2 pesetas

Norteamérica es hoy, para todos los seres humanos, un problema importante. Incluso un problema que les afecta directamente. El carácter de nación tutelar y decisiva que actualmente mantiene, hace que la curiosidad, la necesidad más bien de alcanzar un conocimiento objetivo de las estructuras del gran país, se manifiesten en el mundo de manera irrefrenable.



De ahí el éxito que están obteniendo los libros que sobre América se escriben. Miguel Delibes, uno de los escritores castellanos de mayor solvencia moral y de más limpia ejecutoria literaria, después de una estancia prolongada en Norteamérica ha escrito «su libro». Le titula, sin trampa ni cartón, «USA y yo», con lo cual anticipa al lector que no se trata de una visión despersonalizada, sino por el contrario, una traducción parcial, por más que independiente, de ese texto complejo contradictorio y vario que es la Norteamérica actual. Miguel Delibes tiene bien probada su agudeza, su buida penetrabilidad su sorprendente capacidad de síntesis, en libros viajeros, que constituyeron verdaderos descubrimientos. Miguel Delibes, ante el fenómeno norteamericano, no toma otro partido que el de sus propias convicciones, y alude tanto la demagogia crítica, como el elogio desproporcionado e innecesario. Cuenta las cosas como son, como él las vio y las comprobó, sin admitir otros datos estadísticos que aquellos que directamente recogió del campo de sus observaciones. Y con la claridad expresiva y la estricta gracia castellana que son los fundamentos de una prosa reputada como de las más valiosas, va descubriéndonos el velo pintado de la nación americana. Puede decirse que los más sustanciales problemas de la actual sociedad norteamericana son contemplados y expuestos sin reservas, sin complejos, sin afanes banderizos. Desde la socialización de la abundancia y la integración racial, hasta el alucinante espectáculo de los barrios de Harlem o Bowery. Un libro importante dentro de la biografía sobre el tema, escrito con impecable estilo por un viajero sagaz.

de

el

Top

al / bli

V. Crémer

EL ULTIMO LIBRO DE MIGUEL DELIBES



Cuando, como en el caso de ciertos temperamentos, predispuestos al sedentarismo de modo que anteponen a los inconvenientes de los largos desplazamientos el juego de la imaginación, o cuando—el caso más frecuente—dificultades de índole económica o de otras disponibilidades de tiempo y oportunidad, impiden llevar a cabo un periplo a lugares más o menos lejanos para conocer otros aspectos y otros modos de vida, en ese

afán del hombre por ampliar sus conocimientos, un libro de viajes es, más que una graciosa oportunidad, un poderoso recurso. Si ese libro de viajes se refiere a un determinado país y está escrito por un hombre en el que coinciden la perspicacia del periodista—con su lógica capacidad dinámica—, la penetración del novelista y el estilo de un escritor capaz de dar a su prosa la máxima eficacia, el recurso inicial que atribuimos al libro de viajes en general se convierte, en este caso concreto, en un regalo y, además, en un deleite. Miguel Delibes, el novelista español más importante de nuestro tiempo, aquel que representa, por cierto, el máximo exponente de las características que singularizan la novelística española, ha escrito últimamente, en uno de sus periódicos altos en su labor de pura creación literaria, un libro en el que se condensan, apretada y elocuentemente a la vez, sus impresiones sobre Norteamérica tras un viaje, durante varios meses, por algunas zonas de aquel país.

Magníficamente editado por «Destino», este libro: «USA Y YO» es ni más ni menos que un estudio lúcido—sin pedantesca erudición—; una intención definidora—sin que pretenda ser exhaustiva—y una personalísima interpretación—no por ello menos auténtica, fruto de un análisis carente de prejuicios— de las facetas que componen la vida del pueblo norteamericano.

El método habitual empleado—sobre todo antaño—por otros autores viajeros, al seguir en su relato un orden poco menos que cronológico en la enumeración de las circunstancias de su andadura, ha sido superado por lo que pudiéramos llamar interpretación personal en una intención analítica. Es decir, no mostrar ilustrando, sino analizar para hallar consecuencias de las que extraer deducciones para que el lector, perfectamente informado, pueda valorar los hechos contenidos en el libro con un criterio personal. Esta es la razón por la cual el libro de Delibes encierra el más acuciante interés. La habilidad del periodista, unida a la formidable capacidad novelesca de este escritor, que supone, lógicamente, una mayor posibilidad de penetración en el estudio psicológico de los seres y sus circunstancias, como diría Ortega y Gasset, le han permitido reflejar con rigor, con pericia y dentro de una consistencia poco común, el mundo complejo de Norteamérica, tan simple en apariencia y tan pluriforme, en cambio, en los matices.

Aun cuando el autor, en un rasgo de humildad, afirma en el prólogo: «Yo no me atrevo a decir que los Estados Unidos sean así, sino que así los he visto o así me han parecido, con lo que vengo a reconocer que el día en que se demuestre lo contrario

de lo que afirmo—sea para bien o para mal—se me encontrará siempre dispuesto a una revisión y, si se tercia, a una rectificación», lo cierto es que en el contenido del libro quedan reflejados, en capítulos perfectamente establecidos en una intención de máximo alcance definidor, los aspectos que singularizan la vida del norteamericano. Basta la enuncración de algunos de ellos: «La abundancia», «La intimidad acorazada», «La emancipación», «El divorcio», «Los viejos», «Los miedos americanos», etc. para comprender que si algo ha escapado a la mirada sagaz del escritor, es lo superfluo.

El hecho de que el libro imponga al lector un empleo intensivo del tiempo en su lectura, apenas la inicia, expresa con harta elocuencia la habilidad del autor, pero sobre todo, el modo, tan importante, de interpretar los temas contenidos en cada capítulo, valiéndose para ello de una sorprendente comprensión de cada motivo recogido, descrito luego con un humor socarrón, tan castellano, que pone la pauta más jugosa, más expresiva y más certera incluso—porque la agudeza del castellano viejo encierra mucha sabiduría—transfiriendo a nuestra mentalidad de una manera convincente lo que es realidad allí. Así cosas intuitivas a través de otros libros, por el cine o las obras literarias de autores estadounidenses, como el uso inmoderado e inevitable del automóvil; la fabulosa mecanización, digna de un relato de ciencia-ficción; la insólita limpieza de ciudades que han recreado el parque hasta meterlo en la propia casa; la emancipación de los jóvenes, que dejan el hogar apenas superan la pubertad e incluso en ésta; la inmensa soledad de los viejos, maravillosamente atendidos en sus necesidades materiales; el culto a la infancia; la cruenta insularidad, la complejidad religiosa, basada en la tolerancia, y otros aspectos más, se nos aparecen con una fidelidad, un afecto tan mágico, dentro de su vivencia, que, componiendo un vasto fresco de aquella sociedad, se nos hacen singularmente familiares, porque los reconocemos en su autenticidad, función ésta que debe ser la primordial en un autor que trata de mantenerse fiel a la verdad.

Delibes ha puesto en la composición de este cuadro de la vida norteamericana, humor, pero también una sutil ironía y, fundamentalmente, una carga de ternura que hacen del libro una obra deliciosa y sin fisuras. Baste como muestra estos párrafos en los que se habla de los viejos:

«Con frecuencia, en mis visitas a hogares americanos he oído elogiar cálidamente la institución de la abuela española: —¿Qué hacen ustedes para conseguir esas abuelas? Yo daría la mitad de mis ingresos por poder contar con una abuela española.

Naturalmente, el americano añora la abuela española en su fase útil, es decir, esa abuela que oscila entre los cincuenta y los setenta años y para la que no hay mejor esparcimiento que el pasar la tarde con sus nietos. Una abuela en esta disposición resolvería, no cabe duda, multitud de problemas en los hogares americanos. Pero este tipo de abuelas no se improvisa. Es el resultado de un proceso paulatino y, en última instancia, la consecuencia lógica de un viejo concepto familiar:

—Mire, ustedes fabrican bien los automóviles; nosotros, las abuelas; nuestras abuelas están perfectamente rematadas que rara vez hay que mandarlas al taller. Son dos habilidades distintas. Ustedes envidian nuestras abuelas y nosotros sus automóviles. Así es la vida.

Pero, claro está, para formar una abuela española se requiere mucho tiempo.

Entre la serie de libros que sobre Norteamérica se han publicado en nuestro país, éste de Delibes es, posiblemente, el que de una manera más interesante e inteligente, acerca a nosotros la configuración y la dinámica de los Estados Unidos, de tal modo que a la sistematización de los temas tratados, al rigor, como decimos antes, con que están vistos por el autor, hay que añadir el alarde literario, que si en ningún momento pretende explayarse a costa de lo que describe, sirve en cambio para hacer de la lectura una apasionante ocupación.

«U.S.A. Y YO»

De Miguel DELIBES

ed. Destino. Barcelona

Por Guillermo DIAZ-PLAJA

LITERATURA ITINERANTE.—Algunas veces he señalado—aquí y allá—que un módulo definitorio del hombre de hoy lo configura su condición itinerante. Caminar por el ancho mundo se ha convertido en una costumbre, ciertamente insólita cincuenta años atrás. Los que hemos doblado este pequeño “cabo de las Tormentas” del medio siglo, tenemos—en esto como en tantas cosas—una perspectiva exacta del cambio acontecido, recordando a la humanidad estática de nuestra niñez. ¿Cuántas personas no conocimos entonces sin otro horizonte que el de su infancia? No existía movilidad como norma, excepto para el nomadismo o para la aventura. Las gentes “estaban”, encuadradas en sus horizontes, porque los mapas no habían encontrado el secreto de convertirse, de pronto, en una enrucijada de rutas velocísimas, respunteadas por la extraña geografía de los aeropuertos. El mundo ya no es “ancho y ajeno”, como el título de *Ciro Alegria*, sino “pequeño y entrañable”. Su goce ha perdido a aquel aire arriesgado e insólito con que los que solían recor-

rerlo nos asombraban, en la época en la que los Pierre Loti o los Blasco Ibáñez desplegaban sus tapices exóticos. Por el contrario, la literatura viajera debe conformarse con una observación de las cosas, en la que la brillantez debe sustituirse por la hondura. La literatura viajera ha ganado, con ello, importancia, densidad humana, quilates. Se trata de un género literario, ciertamente, poco valorado entre nosotros. No he de hacer ahora su elogio, ni sería gentil aducir mi larga entrega a este menester literario, en el que cabe desde la captación de los contornos físicos al buceo en las realidades espirituales que en ellos subyacen.

ALCANCE A LOS ESTADOS UNIDOS.—Preferiré operar sobre un ejemplo. El gran novelista vallisoletano Miguel Delibes, hombre entrañado en la tierra solar de Castilla, nos ofrece, en un amplio y bien ilustrado volumen, el resultado de una experiencia vital en el grande, del desmesurado mundo de la América del Norte, que cubre la bandera de las banderas y de las estrellas. Diré, para que se comprenda el interés con que lo he leído, que esa experiencia ha coincidido en tiempo y geografía con la que a mí me ha sido dado gozar. Unas horas gratisimas, reunidos en Washington, nos permitieron el intercambio verbal de nuestras impresiones. Voy a continuarlo por escrito.

Los Estados Unidos “son potentes y grandes”, como dice el verso rubeniano. Quiere decirse, para empezar, que cualquier pretensión abarcadora es—de por sí—desaforada, y no falta la correspondiente declaración de humildad en varias páginas del libro. Dos cosas, sin embargo, pueden

facilitar una cierta posibilidad de síntesis: la reducción geográfica del territorio descrito, que no se separa mucho del ángulo nordeste del país, y la proclividad a las formas “standartizadas”, que conducen a la repetición uniforme de modos y modas de vivir. En cualquier caso, si Delibes hubiera prolongado sus itinerarios, hacia el lejano Oeste—la costa del Pacífico—, o hacia la frontera sur—especialmente Texas, Nuevo México, Luisiana y Florida—hubiera hallado, ciertamente, motivos de perplejidad, si que también una multiplicación de seducciones y otra problemática humana distinta, a la que no falta ni poesía ni patetismo. Los “Estados” que el novelista recorre y describe, en torno al núcleo atlántico del país cercano a la frontera del Canadá, se ordenan en la zona a la que los propios norteamericanos denominan “yankee” y cuyas características de paisaje, población y costumbres tipifican un sector de la vida estadounidense, acaso el más conocido, el más universalizado.



Miguel Delibes.

vir que no son ya muy conocidas. Los Estados Unidos, en efecto, son el país menos sorprendente del mundo: quiero decir que cincuenta años de cine americano nos han

destaco, en mi condición de co-observador de los mismos fenómenos, las crónicas correspondientes a la laboriosidad americana, al predominio del automóvil, al divorcio, a las costumbres funerarias, al pavoroso problema de la discriminación racial, a la terrible situación de los viejos, a ciertos aspectos de la educación, al sentido práctico con que se acometen todas las cuestiones, etc.

LAS OBSERVACIONES ELEMENTALES.—Así, las páginas de Delibes deben extenderse en torno a formas de vivir que no son ya muy conocidas. Los Estados Unidos, en efecto, son el país menos sorprendente del mundo: quiero decir que cincuenta años de cine americano nos han

destaco, en mi condición de co-observador de los mismos fenómenos, las crónicas correspondientes a la laboriosidad americana, al predominio del automóvil, al divorcio, a las costumbres funerarias, al pavoroso problema de la discriminación racial, a la terrible situación de los viejos, a ciertos aspectos de la educación, al sentido práctico con que se acometen todas las cuestiones, etc.

LAS OBSERVACIONES MEDIAS.—Agruparía en este apartado algunas de las anotaciones en las que Miguel Delibes sobrepasa el plano, forzosamente superficial, del reportaje, para incidir en una visión más honda. Son las que intentan arañar una realidad subyacente tras la pantalla o el biombo que destumbran, ya por su grandiosidad, ya por su brillantez. Una de estas calas, pongo por ejemplo, es la que establece la diferencia entre las ciudades americanas durante el día y durante la noche. El arte de animar la oscuridad por medio de letreros luminosos, cambiantes de forma y de color, sorprendiendo a cada minuto con una estridencia distinta es una constante del paisaje urbanístico norteamericano. “Es preciso que amanezca, que los guños versicolores cesen, que la rueda deje de girar y se apague bajo el sol, que los escaparates enmudezcan, para reducir aquel tinglado a sus verdaderas dimensiones. Con el día, las pequeñas ciudades americanas pierden grandiosidad. Continúan siendo atractivas, pero dejan de destumbrarnos. De noche todas las ciudades americanas parecen en fiesta.” Yo añadiría a esta observación de Delibes una sola, la más espectacular acaso de mi recuerdo de viajero: la ciudad de Las Vegas, locura multicolor en la noche, terrible realidad gris de barracón desencantado sobre una llanura desierta y calcinada cuando sale el sol.

LAS OBSERVACIONES PROFUNDAS.—No acometeré la inútil tarea de seriar, una por una, las observaciones de Delibes, cuyo alcance ya voy señalando al lector. Recordaré, únicamente, que existe un plano superior de inquisiciones en el que el novelista intenta calar con más hondura. Señalaré algunas.

Las observaciones en torno a los niños, por ejemplo, son muy sagaces, no sólo en lo que se refiere a su primera infancia sino también a la adolescencia, y en un plano educativo que es trascendental: Por aquí vamos a desembocar en el primer fin de la escuela yanqui: formar a un ciudadano. Esto que consideramos poca cosa no lo es si consideramos que un ciudadano es un ser que vive en comunidad libremente, pero nunca debe pretender aplastar, con los derechos que le concede tal libertad, a sus conciudadanos, igualmente libres que él. Nace así el mutuo respeto que es, en conclusión, el soporte de toda convivencia. En estas páginas, el reportaje cala en

El libro de bolsillo Alianza Editorial

HANS ROGER MADOL GODOY

HANS ROGER MADOL
GODOY

288 páginas - 50 pesetas

publica hoy

PÍDALO EN SU LIBRERÍA O EN
ALIANZA EDITORIAL APARTADO 9.107 MADRID (6) TEL. 256 59 57

(Pasa a la pág. 4.ª de Mirador)

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES